

53
15-C

17

91
85-86

BOLETIN

DE LA

Sociedad Geográfica de Lima



SUMARIO

	PÁG.		PÁG.
<i>Primer Centenario de la Independencia Patria:</i>		Expedición científica universitaria. Expedición Sueco-peruana	331
Llampallec.—Conferencia—Crl. M. C. Bonilla	245	Nomenclador alfabético del Mapa del Perú por Raimondi. II. Hope Jones. (págs. 16 a 20) Letras R—Z	
El Ejército incaico: Su organización. Sus Armas. [22 ils] Dr. Horacio H. Urteaga....	283		

TOMO XXXVI

TRIMESTRE CUARTO DE 1920

LIMA—PERÚ

Publicado en diciembre de 1921



Y. Geograf. p. 846
76-III-923

EL EJERCITO INCAICO

Su organización. Sus armas

El antiguo imperio incaico debió su desarrollo sorprendente, la estabilidad de sus instituciones y el mantenimiento de su soberanía sobre los extensos dominios que conquistara, aparte de la energía de la raza kechua, y de la inteligencia de sus soberanos, a la organización de sus ejércitos, adiestramiento en las faenas militares, y a la calidad de su armamento, en relación con la época. Como los romanos del antiguo mundo, los peruanos supieron aprovechar de su ingenio para perfeccionar las armas que les legara el pasado de su raza, disciplinada en una lucha de siglos, y para aprovechar y mejorar los instrumentos de guerra que descubrían en los pueblos conquistados.

Obligación de todo hombre nacido bajo la soberanía divina de los Incas, era servir en el ejército imperial. Este se hallaba organizado siguiendo un orden gerárquico. No tenemos seguros datos respecto a su plana mayor, pero sí que en esta se seguía un sistema funcional parecido al de la organización civil.

Cada diez hombres de guerra formaban la primera unidad del conjunto y estaban mandados por un jefe subalterno (1), especie de sargento que había de responder de la disciplina de su grupo, inspeccionar su vestuario, armas y municiones de boca (2); en las campañas; en las *mrachas*, debía acompañarlos como guía; en los combates organizarlos en lo posible para la lucha, dar cuenta de sus bajas, (3) en tiempo oportuno para llenar los vacíos y obedecer las órdenes del comando superior inmediato.

El indio mandón de los diez, llevaba el nombre de *Chungga-camayoc* (4) y como se vé, sus funciones eran parecidas a las del decurión romano.

Cada cinco grupos de diez hombres formaban una mayor agrupación compuesta de cincuenta hombres, bajo la vigilancia y dirección de un jefe, que, teniendo bajo sus órdenes a los decuriones, obedecía, a su vez, al jefe de la centena o sea al que mandaba a dos agrupaciones de 50. El jefe de esta media centena tomaba el nombre de *Pichca-chunga-*

camayoc (5). El mandón de la doble *pichca-chunga*, que recibía las órdenes superiores y oía las observaciones de los jefes inferiores para la mejor inspección de los grupos, se llamaba *Pachaca-camayoc*, y así, elevándose en el comando, inspección de los soldados y ejecución de las ordenanzas, se encontraban:

El *Guaranga-camayoc*, guardián de mil hombres; el *Hatun-apu* (gran señor) especie de sargento mayor que mandaba cinco mil hombres, y que para la mejor ejecución de sus órdenes, tenía un segundo jefe que lo sustituía por muerte o ausencia, y se llamaba *Hatun-apu-ratin* (6). El *Apu* mandaba a dos mil quinientos soldados, y tenía también bajo sus órdenes un *apu-ratin*; aquel se semejaba al capitán de nuestros modernos ejércitos y éste a los tenientes.

El general en jefe de los ejércitos, que siempre salía de la familia imperial o de la clase de los orejones (7), era, en el primer caso, tío o hermano del Inca, muy rara vez el príncipe heredero, (8) y no dividía la jefatura con otro igual, según lo asegura falsamente el historiador Velazco (9).

Cuando salía de la clase de los orejones se necesitaba que el elegido fuera un experimentado militar, probado en acciones ilustres. Estos jefes no ejercían el mando de modo arbitrario, seguían un plan de campaña ya acordado por el *Inca* y su *Consejo Supremo* (10), formado por los tíos y hermanos del Soberano; este plan podía modificarse, según las circunstancias o incidentes de la campaña: éxitos o fracasos. Se llamaba el General en Jefe *Apusquipay*, y tenía un jefe de órdenes inmediato, especie de ayudante de campo, llamado *Apusquiprantin* (11).

No faltaban en el ejército los guías que dirigían las marchas, y señalándose por especial insignia, se les llamaba *Runancha*, palabra sincopada de *runa*, hombre y *unancha*, señal. Los trompeteros que atronaban el aire, principalmente en el fragor del combate, se les llamaba *quepaycamayoc*, y a los tambores *huancarcamayoc*.

El estandarte real era de paño, elevado en una asta adornada, especie de *suntur-paucar* (12). El paño tenía los colores del iris y el *suntur-paucar* forrado en plata y oro y adornado de plumas, remataba en la figura de uno de los totémenes de los ayillos ilustres: *cóndor*, *sierpe*, *puma*, *tigrillo* o *halcón* (13).

Las marchas eran regulares y el ejército acampaba cuando no había precipitación, en los tambos que se elevaban sobre las vías de 4 en 4 leguas. La construcción de estos depósitos militares, a las distancias señaladas, prueba que los espacios recorridos en una marcha sin precipitación ni contratiempos, eran los indicados por el espacio entre dos tambos, y que podían duplicarse para el ejército en marchas

violentas, diurnas o nocturnas y hasta triplicarse para el avance rápido de cortos destacamentos y de correos.

Los tambos se hallaban tendidos no solamente en las dos grandes vías oficiales, que partiendo del Cusco iban a Chuquiavo, al sur; y a Jauja, Cajamarca y Quito al norte, y en la gran vía del litoral de Atacama a Puerto Viejo, sino en una multitud de vías transversales que cruzaban el país como una red.

Si queremos formarnos una idea de las múltiples y variadas vías militares del antiguo imperio, podemos reconstruir el mapa de los caminos imperiales, siguiendo las indicaciones sobre los tambos reales, citados en la famosa ordenanza de Vaca de Castro (14).

Los tambos se hallaban provistos de uniformes para los soldados; ropa gruesa (*anasca*) para las campañas de la sierra y en los tambos del litoral vestidos ligeros de algodón, zapatos de *pitaya* u ojotas de cuero con cordones del mismo material o de *cabuya*.

Guardábase también en estos depósitos armas y viveres en abundancia tal, que a juzgar por lo que nos dicen los cronistas, lo guardado en uno solo de ellos, bastaba para equipar un ejército (15). Al cuidado de los tambos se hallaban los superintendentes, que tenían a sus órdenes una pequeña comunidad de indígenas que cuidaba de las reparaciones del local, y del abastecimiento del depósito; dichos superintendentes se llamaban *copra-camayoc* (16).

Semejante previsión en el Gobierno impedía que la marcha de un ejército, por numeroso que fuera, ocasionara daño en las provincias. Los pueblos amigos, lejos de temer su llegada se regocijaban con ella; casi siempre eran anuncio de triunfos y ventajas. Las leves faltas cometidas por los soldados contra la propiedad y el honor ajeno, eran castigados con la muerte.

Aunque el soldado se alistaba para campañas completas, se permitía, cuando esta se prolongaba, el licenciamiento a los enfermos y debilitados, reemplazándolos después de tres meses de servicio (17).

Los Incas perfeccionaron su sistema militar, basado en el servicio universal de los varones, y organizaron su ejército, al influjo de su preocupación religiosa, que los destinaba a civilizar a las naciones bárbaras y llevar por doquiera la adoración de Viracocha y del Sol. "Hicieron sus guerras—dice Robertson—no por destruir ni exterminar como otras naciones bárbaras del continente, ni por hartar, como los mexicanos, a sus dioses sedientos de sangre humana. Conquistaron por destruir y civilizar a los vencidos y por dilatar el conocimiento de sus estatutos y artes. Die ron como impio el homenaje que se rinde a otros objetos que

a las potencias celestes que ellos adoraban y se esforzaron en ganar secuaces a su sistema favorito" (18).

Realizaron así, en el Nuevo Mundo, y sólo bajo la influencia de sus propios sentimientos y de sus propios estímulos el gran apostolado que la tradición atribuía como testamento del fundador del Imperio: *civilizar a los hombres*.

(1) Véase Garcilaso, *Comentarios Reales, en Colec.* t. I, II, c. XIV p. 117.

Santillana, *Relación. Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas* I p. 17.

Rivero y Tschudi, *Antigüedades Peruanas*, Cap. IV, p. 82

Velazco, *Historia del Reyno de Quito*, t. II, Lib. II, párrafo 70, p. 51.

(2) Municiones de boca para el ejército llevaban indios cargueros; para cada soldado ración de coca, quinua sancochada, chuño y harina de maíz. Los tambos contenían también, junto con las armas, vestuados y víveres.

(3) Por más que en los combates se peleara cuerpo a cuerpo y en la mayor confusión como en las batallas medievales en que el *vir virum legit* era el principio fundamental, los ejércitos imperiales se distinguieron precisamente por el orden en sus combates, y la disciplina en los movimientos de sus efectivos. Se principiaba la batalla siguiendo un orden regular y tendiendo las líneas con centro y alas, guardando las reservas para tiempo oportuno y evitando hasta donde era posible las confusiones.

(4) *Chunca*, igual a diez. *Camayoc*, igual a guardián o cuidador.

(5) *Pichea Chunga Camayoc*. *Pichea* igual a cinco. *Chunga* igual a diez. *Pichea Chunga*, igual a cinco por diez, o sea cincuenta.

(6) Rivero y Tschudi, Ob. cit. c. IV p. 82.

En el orden militar se seguía la división y agrupamiento de las personas a base del sistema decimal. Inferiores a los Apoconas (*apocunes*, jefes supremos), que eran cuatro y residían en el Cusco formando el Consejo del Soberano, existían otros jefes inferiores llamados *Hunu*, que eran señores de 10.000 indios, y otros curacas de 5.000 indios, y otros de 1.000, y otros de 500, y otros curacones de 100, y otros de 50, y otros de 10, sujetos, por la orden del número, unos a otros, hasta parar en el Inga que era el Imperator.

Información del Licenciado Falcón. Col. Urteaga—Romero, t. XI p. 146.

(7) En Sarmiento de Gamboa leemos Apo Saca, hijo de Capac Yupanqui y de la india Ayormarca Curihilpay "tuvo un hijo llamado Apo Mayta, muy valiente y famosísimo capitán que hizo cosas muy señaladas en guerra, en tiempo, de Inca Rocca y de Viracocha Inga en compañía de Vicaquirao otro capitán muy estimado", y más adelante: "y el tercer hijo de Yahuar Huacca, Vicaquirao Inga, fué fuerte y gran guerrero en el reinado de Viracocha y de Inca Yupanqui", para no citar más ejemplos, etc., etc., *Historia Indica*, p. 114 y 115. Velazco Ob. cit. p. 50 párrafo 17.

(8) Según se colige de lo aseverado por Cobo, Cieza y Garcilaso.

(9) Velazco, Ob. cit. p. 50 párrafo 17.

(10) Documentos de la Real Audiencia. Prescott. Lib. I. c. II. Garcilaso, Ob. cit. Parte I. Lib. II c. XV.

"Para cada distrito de los cuatro en que dividieron su imperio, tenía el Inca, Consejos de Guerra, de Justicia, de Hacienda. Estos Consejos tenían para cada ministerio sus ministros subordinados de mayores a menores, hasta los últimos que eran los decuriones de a diez"

(11) Velazco, Ob. cit. p. 51. Rivero y Tschudi, Ob. cit. p. 82.

(12) El estandarte imperial más elevado que todas las demás banderas, desplegaba la brillante enseña del Arco iris, emblema de los Incas, que indicaba sus pretensiones de hijos del Cielo. Prescott. *Conquista del Perú*, lib. I, c. II.

(13) El *Suntur páucar*, sin el paño y compuesto sólo de una asta, torrada en oro y plata con un remate de plumas y figuras totémicas era también la insignia del Inca y de los jefes. Así lo atestiguan las crónicas y las escenas de combates dibujadas en cántaros hallados en los sepüeros.

"El Inca... con su *Suntur páucar* en la mano como rey". Pachacutec. *Tres Relaciones*, p. 327. Molina Ob. cit. Col. cit. p. 8. Sarmiento de Gamboa. *Historia Indica* c. 12, 14, 42. Cobo, Ob. cit. p. III, c. XXXVI. El Palentino. *Historia del Perú*, 2a. parte, c. VIII del lib. III.

(14) Véase Ordenanzas de Tambos de Vaca de Castro. *Revista Histórica* t. IV.

(15) Rivero y Tschudi, Ob. cit. c. IV p. 83. Cieza de León. *Crónica*, Primera parte. Garcilaso de la Vega. *Com. Reales*, Col. *Urteaga*. Calvete de la Estrella, *Vida de la Gasca*, t. I.

El Palentino, *Historia del Perú* 2a. Parte c. XI, Lib. III.

Las comidas que se depositaban en los tambos eran, a juzgar por los datos de Betanzos, "maíz, ají, choclos, (maíz tierno), quinua, y chicha, carne seca y todos los demás proveimientos y comidas curadas que ellos tienen". *Suma y narración de los Incas*, c. XIII, p. 75.

(16) Rivero y Tschudi, Ob. cit. c. IV p. 83. Ordenanzas de Tambos. *Revista Histórica*, t. IV.

(17) Rivero y Tschudi, Ob. cit. c. IV.

(18) Robertson, *Historia de América*, t. IV.

La Estólica

La más antigua de las armas usadas por los naturales de América ha sido la estólica o tiradera. La emplearon los esquimales de la América septentrional, los indios de las Antillas, México, y Centro América, los Muisca y los indios de la costa y sierra del Perú, y se la encuentra en más de una necrópolis de las regiones argentinas y chilenas (1). Bien podía por eso llamársela *arma americana*, si la simplicidad de su mecanismo y la sencillez de su manejo, no la hicieran aparecer como la primera manifestación de la rudimentaria inventiva del hombre primitivo, que crea artefactos e instrumentos, de utilidad y de defensa, en los orígenes de todo proceso cultural.

No es raro encontrar ejemplares de esta arma en los restos de las pasadas culturas asiáticas y oceánicas, y, a juzgar por las apostillas de Uhlé al interesante artículo de F. Krausse (2), este publicista ha demostrado el empleo universal de la estólica y de la flecha, como instrumentos de ataque y defensa, más primitivos y más simples.

Hay sin embargo, una enorme diferencia en el mecanismo de estas armas, y esta diferencia acusa, por lo mismo, que inventada la estólica, debió pasar un lapso de tiempo considerable en el descubrimiento o empleo del arco para disparar flechas. Tan adelantado fué este instrumento, que perduró hasta los más avanzados períodos de la civilización, y subsistió en uso en los ejércitos de la Europa medioeval aún después de descubiertas las armas de fuego, como lo demuestra lo ocurrido en la batalla de Crécy (3).

Subsiste también el uso de la estólica aún en el período avanzado del empleo del arco, y como ocurre en más de una ocasión con los viejos instrumentos, éstos quedan como símbolos en el ceremonial político-religioso.

Así ha ocurrido con la estólica en el Perú. Usada por los indios de los más remotos períodos históricos, se intensifica su empleo bajo las culturas de Nasca, del Chimú y de Tiahuanaco, y aún cuando, en este último período, parece utilizado el arco, subsiste la estólica como el viejo instrumento militar que ha de servir de símbolo del poder y el imperio en manos de los dioses (4).

El empleo del arco se generalizó bajo el dominio de los kechuas del segundo imperio o período incaico (5), pero el uso de la estólica continuó, aunque en forma más restringida. Seguramente, en los ejércitos kechuas, los tiradores de estólica eran escogidos entre los más diestros, o quizá si se utilizaba

esta arma, dada su simplicidad, como auxiliar en los momentos de apuro. No es improbable que el uso de la estólica, en los ejércitos incaicos, indicara la interpolación, entre las tropas imperiales, de soldados de las provincias conquistadas, diestros en el manejo de esta arma a la que daban la preferencia.

* *
*

La estólica o tiradera consiste en un mango de madera de longitud variable entre 60 a 90 centímetros, que se hace reposar en el antebrazo, y, sirviendo como una prolongación de este miembro, procura el lanzamiento de la flecha o dardo con una velocidad, siempre mayor al sólo impulso del brazo, e imprime al proyectil una dirección fija y marcada por la posición del instrumento.

Para asegurar la fijeza del dardo sobre la estólica y para mantener ésta fija, mientras aquél es arrojado, se empleaban algunos elementos accesorios: ganchos en las estremidades anterior y posterior, agujeros circulares en uno de los extremos o cuerdas laterales a manera de dedales o argollas. Algunas estólicas, las usadas por los mexicanos, ofrecían una acanaladura longitudinal, apta para el depósito o sostén del dardo, que, al ser lanzado, se deslizaba fácilmente, y en una dirección fija, en el sentido que le marcaba el operador.

Estos accesorios en el instrumento han dado lugar a varias clasificaciones, que nosotros hemos procurado completar, agrupando sistemadamente los tipos conocidos por los arqueólogos.

PRIMER TIPO

Corresponde este tipo a la forma más simple.

Un bastón de 40 a 60 cm. de largo con uno o más rebordes o botones en el extremo posterior y un gancho atado en el anterior. Los rebordes servían para dificultar el deslizamiento o escape del instrumento, que debía quedar en la mano al ser lanzado el dardo; el gancho mantenía, como un ligero puente, el extremo de la flecha. Ejemplares de este tipo nos ofrecen los hallazgos en Moche (civilización yunga peruana) grabado No. 1, *fig. a*. En estas tiraderas se observa una acanaladura en el extremo superior del segundo bastón, rastro de un hueco tallado expreso para introducir el gancho o puente de piedra o hueso, que se sujetaba con un hilo o cuerda de cabuya como se observa en la estólica del mismo grabado, *fig. c*.

VARIANTE DEL TIPO PRIMERO

Una variante del tipo primero es la que nos ofrece la tiradera del grabado No. 2, *fig. a*, y que aparece en el album de la obra de Monseñor González Suárez (6). Aquí los botones y rebordes extremos de la estólica del grabado No. 1, *fig.*

a, han sido reemplazados por abrazaderas cilíndricas que se escalonan en toda su longitud. En esta estólica el puente posterior incrustado representa el medio cuerpo de un patito.

SEGUNDO TIPO

Corresponde este tipo, que es el más generalizado, al de las estólicas consistentes en un bastón de 50 a 60 cm. de largo en que se han reemplazado los botones o rebordes por un gancho que sirve para apoyar el dedo cuando el dardo es lanzado sobre el eje y a muy corta distancia de los extremos, y están fijos sobre la tiradera por incrustación o por amarras con una cuerda de pita (7), cuero o lana, estando entonces agujereados los ganchos para dar consistencia a la envoltura, como se ve por el ejemplar del grabado No. 1 fig. c., de una estólica hallada por Uhle en Nievería.

Grabado No. 1

Grabado No. 2

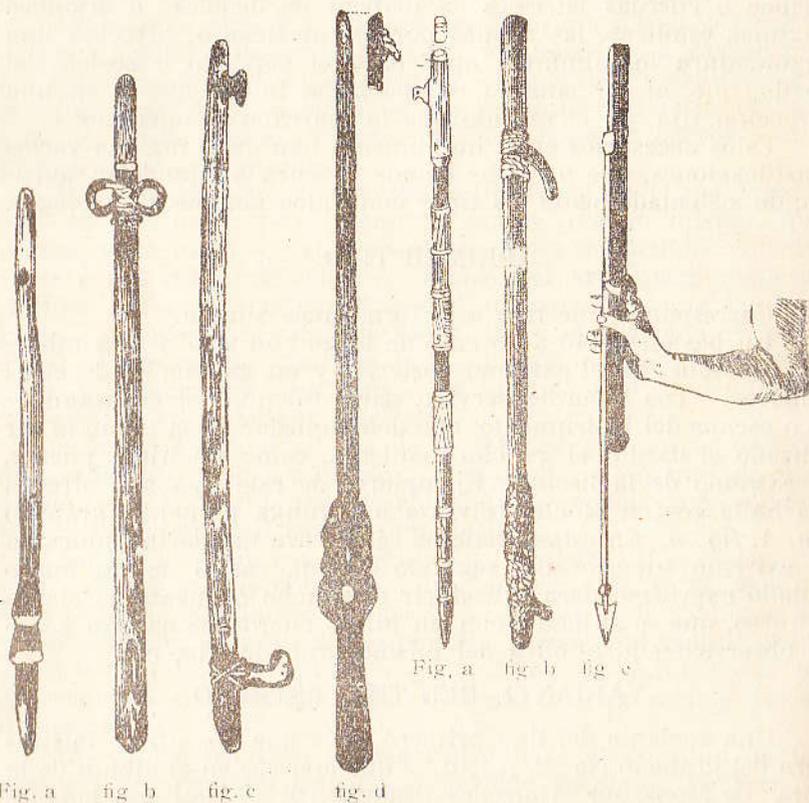


Fig. a fig. b fig. c

Fig. a fig. b fig. c fig. d

Del otro extremo, a juzgar por las ligaduras, llevaba una pieza

de hueso, que fué encontrada con el palo. Esta pieza tiene la base un poco alargada y acanalada para adaptarla al palo. Representa la cabeza y cuello de un gato. "A mi parecer, dice el profesor, la pieza estaba colocada con la cabeza mirando hacia atrás. Por lo menos esta posición era más ventajosa, para servir de soporte a la mano que agarraba el palo. Las figuras de estólicas con dos ganchos inversos pintados en vasos de Nasca confirman esta suposición". Como siempre el gancho anterior habrá formado con el posterior un ángulo de 90 grados con el palo hacia la izquierda (8).

VARIANTES DEL SEGUNDO TIPO

Los ganchos anterior y posterior de las estólicas que corresponden a esta variante, no siempre se hallan incrustados, ni forman con el palo ángulo recto; a veces son simples adiciones en forma de ganchos, sujetas por una ligadura de lana o cuero, eso sí, se hallan ambos en el mismo plano, y el gancho colocado en la parte posterior, que es el más grueso, muestra su arqueadura hacia el interior, manifestando claramente que se le destinaba para apoyar los dedos. Preciosa muestra de esta variante es la estólica hallada en *Sicsic*, grab No. 2, fig. b (9).

TERCER TIPO

A este tipo corresponden las estólicas en donde el gancho posterior, soporte de los dedos, es reemplazado por un agujero que se labra en una artificial ampliación del palo; esta forma de tiradera ha sido hallada en los enterramientos de los indios peruanos antiguos de la costa, y entre los Chibchas, Quimbayas y Guaraníes del Brasil. Véase grab. 1, fig. m. (10).

Una muestra bien caracterizada de este tipo nos ofrece el ejemplar citado, existente en el Museo Histórico Nacional de Lima, descrito por el profesor Uhle: "El instrumento, dice, mide 60 cm. de largo; la parte posterior tiene la forma de un bastón delgado. El gancho posterior es hecho de concha colorada (*Spondilus pictorum*) y parecido en su forma a la cabeza de un pájaro que tiene algo en el pico. La parte delantera, que sirve para agarrar el instrumento con 12 cm. de largo, va aumentando de grosor hacia delante, lo que facilita su adaptación a la mano. El anillo en el medio tiene 1,6 cm. de espesor y 1,6 cm. en el claro, suficiente para introducir en él un dedo de la mano derecha. La superficie del anillo está grabado con líneas, y a derecha e izquierda de él se proyectan, para atrás, dos figuras de pájaros, símbolo de la velocidad del dardo disparado. El motivo de las plumas partidas de las alas se repite en dos fajas grabadas en el mango" (11). El mismo profesor nos cuenta que una estólica del mismo tipo existe en el Museo de la Universidad de California, hallada en el Perú. Tie-

ne solamente 33 cm. de largo y cree con razón, que ha debido ser fabricada como juguete (12). El objeto para el que se le destinaba es una razón suficiente de lo generalizado que estaba este tipo de estólica entre los indios yungas de la costa peruana y la perfección que había adquirido sobre los antiguos ejemplares.

Grabado No. 4

Grabado No. 3

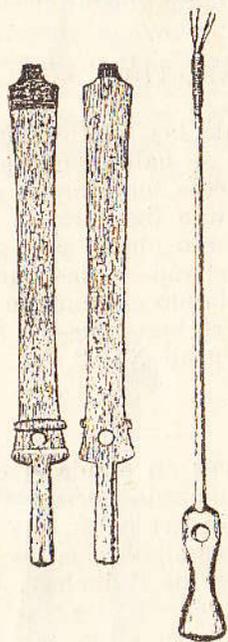


Fig. a fig. b

VARIANTES DEL TERCER TIPO

Una variante del tipo tercero nos ofrece la estólica hallada entre los indios del SE. de los EE. UU. "en que el garfio posterior es tallado en la misma tiradera, en cuya extremidad anterior hay unas argollas hechas de cuerdas" (13).

Fácilmente se comprende que el gancho anterior se utilizaba para apoyo del dardo y las argollas servían para sujetar la estólica, introduciendo por ellas los dedos.

La perfección de esta variante del tipo tercero, nos lo ofrece el ejemplar de estólica del grabado No. 3 *fig b*, en que el bastón está sustituido por una vara tallada de cuatro caras

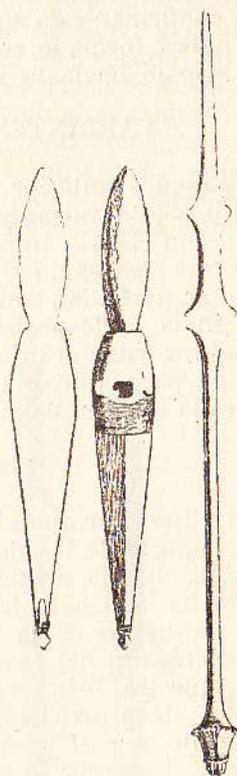


Fig. a fig. b

con una lijera acanaladura en la longitud de una de éstas, y que servía para colocar el dardo que sobre ella debía de deslizarse. En esta estólica en lugar del gancho posterior, se adaptaban en un apéndice *ad hoc*, dos argollas de cuero, por donde se introducían los dedos con el fin ya conocido. Muestra de esta clase de tiradera es la que nos ofrece el grabado de la obra de Oviedo, quien nos cuenta que los indios de Castilla del Oro "tenían como armas varas que arrojan como dardos con estólicas (que son cierta manera de avientos) de unos bastones bien labrados, como aquí está pintado, dice, en los cuales arrojan las varas, quedando siempre la estólica en la mano; o ponen la punta de la estólica en la punta de la vara y saciéndola muy recia derecha o lejos o cerca bien guiándose como buenos punteros" (13).

CUARTO TIPO

El tipo cuarto de estólica corresponde a una tiradera sin garfios ni argollas, supliendo el destino de estos accesorios, talladuras o desviaciones en los extremos; las talladuras hacían difícil el deslizamiento, rozando ásperamente con la mano y las desviaciones en los extremos hacían las veces de un gran gancho que era fácil sujetar. La tiradera tallada con cuatro caras, tenía una acanaladura en la cara superior donde se colocaba el dardo que había de resbalar por ella fácil y rectamente. El uso de tales estólicas estaba generalizado entre los indios mayas de Centro América y los mexicanos, ya que en los bajos relieves de sus monumentos de piedra se observan tiraderas de este tipo. Véase el grabado No. 4. Muestra de tales estólicas nos ofrece el ejemplar existente en el Museo Nacional de México y que reproduce el señor Jijón en su ponderada obra arqueológica: "Los Aborígenes de la Provincia de Imbabura" (14).

VARIANTES DEL TIPO CUARTO

Las variantes del tipo cuarto consisten en las adiciones a la tiradera en forma de tabla, y que no tiene otro destino que mantener fija la estólica a la salida del dardo, o en modificaciones de forma de la misma tabla.

Muestra de tales variantes nos ofrecen los ejemplares hallados entre los indios amazónicos, entre los del valle de Cauca y entre los Karayas, (15). Véase grabados No. 3 *fig. a*, estudiadas por Krausse, por Zelia Nuttal (16) y por el prof. Uhle. Según aseveraciones del señor Jijón, a esta variante de tiradera en forma de tabla, corresponden las tiraderas descritas por Fray Diego de Landa, así como las señaladas por Boas para los esquimales (17).

Tales son las variadas formas de esta arma usada por los hombres de todas las razas en los primeros estadios culturales. Su empleo estuvo tan generalizado en América, que como dice el señor Jijón, bien podría llamarse a la *estólica* o *atlaltle* una arma verdaderamente *panamericana*; sin embargo se la encuentra, lo mismo que el arpón, usada por el hombre, tal vez desde la edad de la piedra; los esquimales y los australianos (18) la emplearon tanto como los americanos, y, es posible que antes del uso de la flecha, haya sido el arma empleada por las razas bárbaras del Asia.

En el Perú se la encuentra en las más remotas culturas de Proto-Nasca y Proto-Chimu, y variadas muestras nos ofrece el estrato cultural de Tiahuanaco.

En los cántaros de Nasca hallamos magníficos dibujos que nos muestran el empleo de la *estólica*, correspondiente al primer género, y en las necrópolis de los yungas se han encontrado ejemplares de las variantes de este tipo (19).

A la antigua cultura de Proto-Chimu pertenecen los ejemplares hallados por Uhle en las necrópolis de Ancón, valle de Lima y Nievería, (20), y correspondientes al período tiahuanacuense son las señaladas por Jijón de un enterramiento de Sigsig en la región de los Cañaris (Ecuador) (21).

Pero el uso de la *estólica* se prolongó hasta el período incaico o sea el segundo imperio kechua, como lo prueba el hecho de que en los ejércitos de Atahualpa, se conservaran aún soldados armados de *estólicas*. Es posible, como lo cree Uhle, que semejantes tropas fuesen las sacadas de alguna región del Ecuador, donde la *estólica* estuvo en uso hasta el período de la conquista.

Por lo demás, el que en la fiesta del Raimi, se hicieran simuláceros de combates con *estólicas*, podría probar el uso del arma, pero también que su empleo recordaba antiguos combates y prácticas militares arcaicas, que en la solemnidad religiosa se recordaban, apareciendo entonces la *estólica* como un símbolo.

Era natural que los ejércitos kechuas fueran excluyendo de su organización militar, esta arma, reemplazada ventajosamente por el arco. El aprovechamiento de fuerzas naturales que se unían a la energía humana, creaba el mecanismo complicado del arco y la flecha, que, por otro lado, daba más precisión al tiro y alargaba mucho más la distancia del proyectil.

* *
*

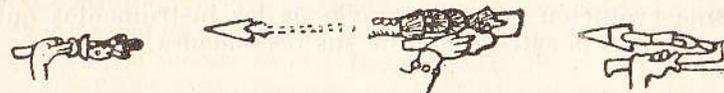
Arpón, *estólica* y arco, son las tres manifestaciones de la máquina ofensiva, tan universalmente conocida y aplicada, y a la que la civilización debe sus progresos y sus agudas crisis. Marca el arpón el combate más rudo del hombre, aquel que emprende contra una naturaleza enemiga. El arpón se utiliza

en la lucha contra la fiera y en esa vida precaria del bosque, cuando el hombre primitivo atormentado de hambrunas caninas o de rudos ataques, principiaba a oponer la lucha inteligente a la fuerza bruta. El segundo momento de este combate histórico, lo marca la *estólica*: es el arma del hombre contra el hombre y señala ya las crisis en las relaciones sociales. Con el arpón y la flecha nace la guerra organizada, el principio de los ataques regulares y calculados, el orden de las batallas. El arco ya permite el comando y la disposición de las fuerzas, por lo menos en los primeros momentos: es la inteligencia y una táctica naciente la que plantea la lucha, y aunque la limitación de los efectos destructores del arco, obliguen al combate cuerpo a cuerpo, no hay que desconocer que, en el mayor número de los casos, los éxitos son el resultado de los estímulos que despierta la feliz iniciación de una batalla.

Las primeras *estólicas* halladas en los enterramientos no revelaron su empleo; se les creyó bastones, objetos accesorios de los telares y, en muchos casos, pequeños arcos o fragmentos de éstos. Algunas *estólicas* halladas en la región de Imbabura y el Carchi están signadas como bastones de baile (22), y en otras ocasiones han sido señaladas como insignias de mando. Sin embargo arqueólogos tan perspicaces, como Uhle y Jijón han caracterizado bien el destino de tales hallazgos (23) y dado ocasión para poderlos estudiar en todas sus variaciones.

La *estólica* no era sino una máquina simple, auxiliar del brazo que servía de punto de apoyo al dardo, y facilitando el resbalamiento de éste, daba mayor impulso a la fuerza inicial que imprime al dardo su velocidad y marca su dirección (24).

La manera de usar esta arma ha sido descrita con precisión por algunos cronistas. Ya hemos visto lo que nos dice Oviedo al respecto.



Grabado No 5

El padre Cobo escribe: (25) "usaban también de azagayas o dardos con las puntas tostadas o armadas con espina de pescados, y tirábanlas con acierto, a los cuales los españoles llaman tiraderas" (26). Uhle, siguiendo a Krausse, describe su uso así: "La parte posterior de la flecha se adapta a la parte posterior del instrumento; se toman las dos piezas más adelante y mediante un movimiento circular del instrumento, se suelta la flecha; es así una arma para arrojar flechas, apenas menos que el arco, que está todavía en uso en diferentes partes del globo" (27). Y no es arbitraria la descripción de los modernos arqueólogos. Apenas si es más minuciosa que la dada por Castellanos, cuando al hablar de las *estólicas* en uso entre

los indios Muiscas o Moscas, y que no era sino la señalada por nosotros en el segundo tipo de tiradores, se expresa del modo siguiente:

“Pero los indios Moscas, moradores de todo lo que llaman tierra fría, usan principalmente *tiraderas*, que son unos dardillos de carrizo con puntas de durísima madera que liran con avientos nó de hilo, sino con un palillo de dos palmos del grueso de la flecha prolongado con el de la tercia parte de la caña. Este tiene dos ganchos afilados, distantes cada cual en un extremo del *amiento* que digo; con el uno ocupan el pie raso del dardillo y el otro con el índice cerrado aprietan con la flecha juntamente hasta que el jaculo se desembaraza según la fuerza del que lo despide. Es arma limpia de mortal veneno y de todas las bárbaras es ésta la de menos rigor. (28).

La tiradera ha sido llamada con distintos nombres: *Atlatles*, *estólicas* y *advientos* (29). Su uso, como se vé, estuvo generalizado entre las razas bárbaras de América principalmente, y si bien por ello no se podría llegar a deducciones de filiación étnica entre las razas del Antiguo y Nuevo Mundo, a lo que parece inclinado Max Uhle, por lo menos hay que aceptar que su uso, en continentes tan remotos y siempre en los orígenes del barbarismo, prueba la unidad de tendencias en el hombre, y una misma evolución en el desarrollo de los instrumentos que éste inventa para la satisfacción de sus necesidades.

(1)—En los enterramientos de Arica se han encontrado estólicas y también entre los artefactos de las necrópolis de Talcahuano. La estólica es posible que se usara todavía en las tropas araucanas de la época de la Conquista, y quizá si son estólicas las bautizadas por Ercilla con el nombre de dardos, y de flechas y bastones; cuando al hablar de las armas de los indios chilenos, dice:

Las armas dellos más ejercitadas
son picas, alabardas y lanzones,
con otras puntas largas enastadas
de la facción y forma de punzones:
hachas, martillos, mazas barretadas,
dardos, sargentas, *flechas y bastones*,
lazos de fuertes mimbres y bejuocos,
tiros arrojados y trabucos.

Ercilla.—*La Araucana*. Canto I.

A la estólica seguramente se refiere también la noticia que dá el jesuita Diego Rosales en su Historia, cuando dice “sin esto llevan a la guerra pedreros que van de vanguardia, y unos que llevan algunos *garrótillos arrojados*”. José Toribio Medina. *Aborígenes de Chile*, página 114 y sig.

(2)—*International Archiv für Ethnographie*, vol. XV.

(3)—En la batalla de Crecy, en que por primera vez usó la artillería de campaña, el ejército inglés, en su mayor parte estaba formado por arqueros, y gracias a éstos se obtuvo la victoria, (26 de Agosto de 1346).

(4)—Como ocurría en el Egipto: la nave de tipo arcaico con dos remos por timón, era la usada en las ceremonias religiosas del Nilo y la que se dibujaba en las estelas, donde Osiris aparecía conduciendo las almas en la barca celeste. Véase *Memorias de Mrs. Coztas*, miembro del Instituto de Egipto. Apud. Menard y Sauvageot. *La vida privada de los antiguos*. El Perú. *Bocetos Históricos* 2a. Serie por H. Urteaga. *Arte de navegar en el antiguo Perú*. p. 79.

(5)—Véase Jerez. *Conquista del Perú*. *Col. de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú* por H. Urteaga y Carlos Romero. T. V. p. 63. Cobo. *Historia del Nuevo Mundo*, tomo IV, c. XIV.

Garcilaso de la Vega. *Comentarios Reales. Colección Urteaga*, tomo I. Uhle. *La Estólica*. *Rev. Histórica*, tomo II. p. 118.

(6)—Ilmo. Sr. Dr. Federico González Suárez. *Los aborígenes de Imbabura y el Carchi*, Quito 1908.

(7)—La pita es la fibra de la penca u hoja de maguey (Agave americana); unidos varios de estos hilos forman una cuerda muy resistente. Está muy generalizado su uso entre los indios del Ecuador, del Perú y de Bolivia.

(8)—Uhle. *La Estólica*. *Rev. Histórica*, tomo II.

(9)—Von den Steinen: *Unter den Naturvölker Zentral-Brasilien*. Berlín 1894. Citado por J. Jijón. *Ob. cit.* p. 120.

(10)—Uhle. *La Estólica*. *Art. cit.* *ob. cit.*

(11)—“Una estólica parecida para juegos de niños fué encontrada

entre los Karayas en el E. del Brasil". Véase Uhle, Art. cit. *Revista Histórica*, p. 121 y sus referencias a la de Ehrenreich.

En el Museo Prado de Lima se ven también estólicas pequeñas que quizá si han tenido idéntico destino.

(12)—Pepper: *The Throwing-Stick of a Prehistoric people of the Southwest*. (Congress of Americanists of New-York, p. 107 a 130. Apunt. J. Jijón. Ob.

(13)—Oviedo *Historia Natural y Moral de las Indias*, tomo II p. 127. Madrid 1853.

(14)—*Los aborígenes de la Provincia de Imbabura*, Rep. del Ecuador. J. Jijón Ed. Madrid. Véase p. 126.

(15)—*International Archiv für Ethnographie*. Vol XV. Apund. Uhle. *Rev. Histórica*, Art. cit.

(16)—*The Atlatl or spear thrower of the ancient Mexicans*, by Zelia Nuttall: Peabody Museum Papers, Vol I. núm 30. Jijón. Ob. cit. p. 122.

Max Uhle. *La Estólica* ob. cit. *Rev. Histórica*.

(17)—Boas, *The Central Eskimo* (Smithsonian Institution, Vol. XIV p. 496). J. Jijón Ob. cit. p. 122.

(18)—Taylor, *Arqueología*. Madrid 1888. p. 220 apund. J. Jijón.

(19)—O sea de las tiraderas en que el gancho posterior está reemplazado por un hueco para la introducción del dedo.

(20)—Uhle. *La Estólica*. Art. cit. *Rev. Histórica*.

(21)—J. Jijón. Ob. cit. p. 122.

(22)—González Suárez. *Prehistoria*. Lámina IV. p. 82.

(23)—J. Jijón Caamaño. *Aborígenes de Imbabura*, p. 115-122.

Max Uhle. *La Estólica*. *Rev. Histórica* tomo II.

(24)—J. de Velazco. *Historia del Reyno de Quito*, Lib. 2o. párrafo 7o., t. II, p. 52. Ed. Quito 1844. "La Estólica actúa mecánicamente como una prolongación del brazo y esta circunstancia es la que imprime mayor fuerza al dardo disparado" Uhle. Art. cit. *Rev. Histórica* de Lima.

(25)—J. Velazco. *Historia del Reyno de Quito*, Lib 2o. párrafo 7o.

(26)—*Historia Natural y Moral de las Indias*. Madrid. 1853. tom. II. p. 127. apunt. J. Jijón.

(27)—Uhle, Art. cit. *Rev. Histórica*.

(28)—Castellanos. *Historia del Nuevo Reyno de Granada*. Madrid. 1866. ps. 41-42. Apunt. J. Jijón.

(29)—Vargas Machuca, *Milicia y descripción de las Indias*. Lib. I.

NOTA—En este capítulo nos ha servido grandemente el interesante libro que sobre los Aborígenes de Imbabura y el Carchi ha dado a luz el notable arqueólogo ecuatoriano señor doctor Jacinto Jijón y Caamaño, y en el que se han hecho valiosas reproducciones de estólicas halladas en las necrópolis de la América Austral.

H. H. U.

La Honda

Si la estólica, la más antigua de las armas arrojadas, se ha supuesto conocida por la mayor parte de los pueblos del antiguo y del nuevo mundo, nadie duda del uso universal de la honda o lazo para arrojar piedras. Su empleo se pierde en las remotas edades en que la agrupación humana practicaba el pastoreo y aún no había nacido, con la agricultura, la vida sedentaria. La honda es el arma del pastor errante que arrea el ganado, y ataca, desde larga distancia con su petreo proyectil. La simplicidad de su factura está en relación con la antigüedad de su data, y, certifica, una vez más, el principio paleontológico de Thompson: "La industria humana se simplifica cada vez más y más, y se reduce a la nada, a medida que se remonta al pasado".

En el antiguo Oriente semitas y arios la emplearon como una de las armas ofensivas de más fácil manejo; más tarde los diestros tiradores de honda formaron una de las fracciones de los ejércitos de los conquistadores persas, y en las tropas de Darío los arqueros y honderos formaban el cuarto cuerpo.

Cuando la civilización alboreaba en la cuenca del Mediterráneo los hombres de la edad de la piedra tallaron ésta para sus proyectiles en las hondas, pues en los monumentos megalíticos de las Islas Baleares, se han hallado piedras de honda de un diámetro de cuatro a seis centímetros. Por lo demás bien conocida era, en la antigüedad, la destreza de los habitantes de estos lugares en el manejo de la honda.

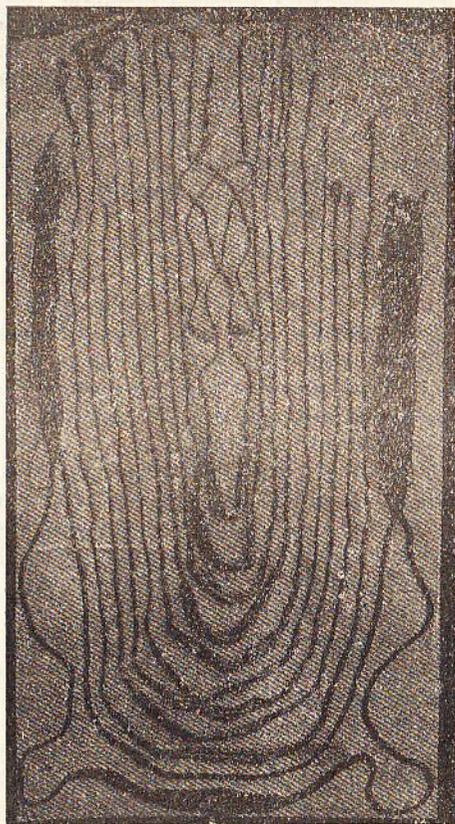
La usaron los griegos y después los romanos; aquellos desde los tiempos de la guerra de Troya (1), más tarde en las guerras del Peloponeso, y fueron celebrados honderos los habitantes del Golfo Málico y los de la Isla de Rodas.

Tito Livio nos dice que la honda griega estaba formada por tres correas unidas en varios puntos. Se empleaba también para su fabricación mimbres, trenzados cabellos y músculos de animales. Los proyectiles eran piedras redondeadas o bolas de barro, endurecido al fuego; las había en forma de glande y de almendra con aristas para hacer más mortífera su acción contundente.

La primitiva forma de la honda fué seguramente la de una banda o lazo de longitud y ancho apreciable, donde podía recogerse el proyectil por la zona media del lazo doblado, una de cuyas puntas se fijaba en la mano por una agarradera, mientras la otra, sujeta sólo por los dedos, se soltaba, después de generar, por una serie de movimientos circulares, la fuerza centrífuga que lanzaba el proyectil, siguiendo la dirección de la tangente.

Más tarde el lazo fué reemplazado por tres o más correas, unidas en varios puntos, como las de la honda griega de que nos habla Tito Livio; los romanos las usaban en forma de un lazo de mayor anchura en su parte media, donde se recibía la piedra; y es posible que, en vez de faja de cuero, la fabricasen de lana tejida o de fibras, acordonadas, como se puede notar por las que nos muestra el bajo relieve del hondero del Arco de Trajano.

La honda continuó en uso en la Edad Media. Fueron en-



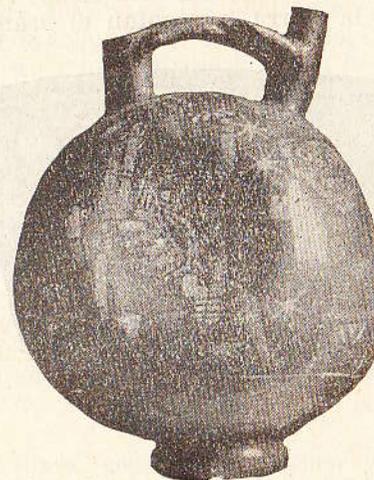
Una serie de hondas, de cabuya, lana y cuero trenzado, halladas en las necrópolis de Pachacamac y Ancón. Museo Prado.

tonces célebres los honderos del Rey de Castilla, y aunque, poco a poco, se le excluyó del armamento en los ejércitos europeos, continuó usándose hasta el siglo XVI.

En el Perú el empleo de la honda es tan antiguo como lo son las remotas culturas yungas; ya que los gráficos de su cerámica y los variados ejemplares del arma, hallados en las necrópolis, lo prueban fehacientemente.

De los enterramientos yungas, tanto de la costa septentrional del Perú como de la región de Lima, Nievería, Ica y Nasca, se han extraído magníficos ejemplares, algunas de cuyas muestras se ven en los adjuntos grabados.

Usaban para su factura el cuero en forma de banda en la parte central, para recibir la piedra, banda de 4 a 5 centímetros de ancho que se adelgazaba o se acordonaba en los extremos, terminando, uno de ellos, en un ojal para introducir el dedo, y en un pequeño nudo el otro. También las hay tejidas en lana, con una red en el centro para recibir la piedra, y de torzal en los extremos.



Un magnífico ejemplar de cerámica nasquense donde se ven estólicas, lanzas y hondas. Museo Prado

Las hay también mitad de lana y cuero, o de cuero y cabuya, teniendo siempre el lecho de la piedra, de cuero o de red de pila, esta última de fibras de maguey o Agave americano.

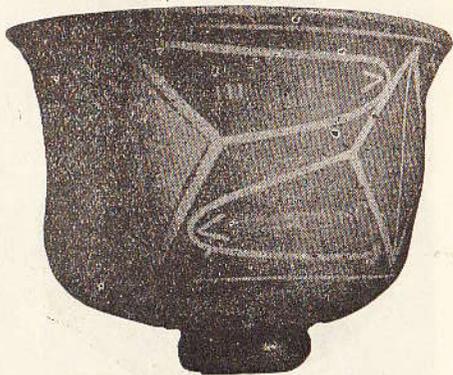
Max Uhle extrajo de las necrópolis de la Isla de San Lorenzo un lote abundante de hondas, de facturas tan variadas, que, con razón, se supuso el hallazgo de un depósito de armamento para el servicio de las guarniciones de la región (2).

En la cerámica de Nasca se observa la frecuencia con que el alfarero reproduce este instrumento de ataque, dibujándolo en sus cántaros, y muchas veces empleándolo como curioso motivo ornamental, como se ve en el huaco de la pág. siguiente, en que la greca del cántaro está formada por el desenvolvimiento de varias hondas, formando rasgos caprichosos.

El tamaño de las hondas varía entre 1m. 70 cms. a 2m. 20 cms., siendo el término medio el de las hondas de 2 metros de largo, que dobladas para el acto de lanzar la piedra tienen una longitud de 80 centímetros, perdiéndose 20 cms. en el

del envuelto entre los dedos y la porción que abraza al proyectil. Todo esto supone en el hombre que la maneja una estatura de 1m. 60 cms. que es la mediana del indio peruano.

Las hondas que usaba el ejército eran de un solo color, casi todas de lana y cuero y de factura sencilla; las de los jefes y señores ostentaban magníficos tejidos de cordones de hilos de lana de varios colores, formando grecas caprichosas; algunas las había con delgados canutillos de plata y oro, que les servían, más que como agarraderas del cordón, como adornos. Casi no había soldado que no estuviese armado de la honda; ésta la llevaba atada a su cintura o amarrada al rededor de su cabeza. Muchas momias encontradas en los sepulcros peruanos de la costa y de la sierra, presentan el cráneo rodeado de la



Caprichosa greca formada con los dibujos de una honda. Museo Prado.

honda, auxiliar indispensable del soldado y del cuidador de las sementeras.

El uso estaba generalizado de tal modo, que los niños y las mujeres hacían uso del arma para espantar a las aves que acudían en bandadas sobre las chacras de maíz. Hasta hoy se acostumbra, entre las familias de los indios, entregar al cuidado a los menores de 7 a 10 años, la guarda de las sementeras contra las inmigraciones de los hambrientos loros, llamados *chocleros*, que acuden a consumir el tierno maíz de la mazorca.

Por lo mismo, acostumbrado el indio desde su infancia al manejo de la honda era un habilísimo tirador cuando soldado (3), y tan certero en sus ataques, con esta arma, que gran parte de las víctimas españolas, en las guerras de la conquista, se debieron a la acción de los honderos.

En el sitio del Cusco los honderos posesionados de la fortaleza de Sacsayhuaman, fueron los que más hicieron sufrir a la guarnición española de la plaza (4).

En los ejércitos del Inca, los honderos formaban una de

las más numerosas divisiones. Cieza eleva la sola escolta de honderos del Inca a cinco mil soldados (5).

Para facilitar el manejo de la honda y para imprimir también una firme dirección al proyectil acostumbrábase labrar las piedras, dándoles forma de esfera o de huevo. Eran "lizas y hechas a mano" dice Jerez al hablar del armamento del Inca, en Cajamarca (6).

En efecto la descripción de los Cronistas concuerda con los hallazgos arqueológicos de los depósitos militares. En éstos se encuentran piedras redondeadas u ovaladas de poco menos de un puño, que no han podido ser sino los proyectiles de las hondas.

En ocasiones envolvían las piedras en hojas de una planta resinosa, o las empapaban con alguna sustancia bituminosa (7), prendiéndosele fuego y arrojábanse las, con la honda, al lugar que deseaban incendiar. Pedro Pizarro da otra explicación del incendio de las casas del Cusco ocasionado por las piedras arrojadas incandescentes. "Para quemar los aposentos donde estábamos, dice, hacían un ardid, que era tomar varias piedras redondas y echadas en el fuego, y asellas ascuas; envolvíanlas en unos algodones, y poniéndolas en hondas, las tiraban a las casas donde no alcanzaban poner fuego con las manos" (7).

La honda se llamaba *huaraca* (8), quizá si la palabra es un derivado de *huara*, calzón del adulto, y significaba el lazo o faja con que se sujetaba la huara, ya que los soldados llevaban la honda envuelta en la cintura, tal vez por dar más consistencia al ceñido del pañete.

(1)—En la "Ilíada" encontramos frecuentemente pasajes donde se detallan acciones de los honderos. Los semitas la conocieron también desde la más remota antigüedad, y en los relatos bíblicos se habla también a menudo de la habilidad de los honderos. Recuérdese el combate singular de David con el gigante Goliat.

(2)—Este lote de hondas se conserva en el Museo de Historia Nacional de Lima.

(3)—"De lejos empleaban las hondas hechas de lana o de cabuya, en que eran grandes certeros. Usábanlas casi todos los de este reino, particularmente los serranos que eran extremados honderos".—Cobo. *Historia del Nuevo Mundo*. t. IV. lib. XIV c. IX, p. 494.

(4)—"Este Cusco está arrimado a una sierra, por la parte donde está la fortaleza, y por esta parte bajaban los indios de ella hasta junto a unas casas que están junto a la plaza, que eran de Gonzálo Pizarro y Juan Pizarro su hermano y de aquí nos hacían mucho daño, que con hondas echaban piedras en la plaza sin podérselo estorbar". Pedro Pizarro. *Relación*. Colección Urteaga-Romero, t. VI, p. 93. "Sobre los españoles llorían flechas y piedras tiradas con hondas que era admiración". Garcilaso. *Com. Reales*. Colección Urteaga, t. I. lib. II c. XXIV. "Llegó una piedra tirada con honda y a Juan Pizarro hermano del Gobernador, le dió una mala herida en la cabeza, de que murió dentro de tres días". Garcilaso. *Ob. cit.* lib. II. c. XXVI.

(5)—Cieza de León. *Señorío de los Incas*.

Por que eran tantas las ruciadas de pedradas que tiraban con hondas que no se hallaba reposo. Herrera. *Hechos de los Castellanos*. Dec. V. lib. VIII, c. IV p. 119.

(6)—“Los honderos tiran con hondas, piedras, guijañas, lisas y hechas a mano de hechura de huevos”. Jeréz. *Conquista del Perú*. Col. Urteaga-Romero, t. V. p. 63.

“Primeramente acometían con hondas porque en esta máquina eran diestrisimos, y así hacían grave estrago en los enemigos”. Román y Zamora. *República de Indias*. t. II. lib. III. c. XII. p. 205. Ed. Madrid 1897.

(7)—Algunos autores afirman que eran hojas de una planta resinosa, otros como Prescott, que eran un bitumen, y otros que era yesca encendida y arrojada con flechas. Garcilaso es de este último parecer. Los indios collas conocieron desde remota época las propiedades del petróleo bruto que extraían de los mantos petrolíferos del Titicaca, y quizá si este bitumen de que se habla era el petróleo crudo o bruto, que, en tan apurados trances, quizo su ingenio darle tan terrible aplicación.

(8)—Pedro Pizarro. Ob. cit. Col. cit. p. 40.

(9)—Velazco. Ob. cit. t. II. l. II.

El Aylo

Una de las armas características de los americanos del sur, fué la que es conocida, actualmente con el nombre de boleadora y antiguamente con el de aylo.

En las regiones de Chile, entre los mapuches, se le designaba con el de Laque, pues el historiador Rosales nos cuenta que: algunos indios de Chile se valen de unas bolas de piedra, atados con nervios, que tirándolas traban a un hombre que no se puede mover (1), entre los pampeanos de la región del Río de la Plata, con el nombre de Libes (2), y fué llamada por los exploradores españoles del país de los Charrúas, los Patagones y demás indios del Sur, con el nombre genérico de Bolas arrojadas, y más tarde Boleadora (3).

El nombre de aylo dado al arma por los indios quechuas del Perú, corresponde perfectamente con su estructura.

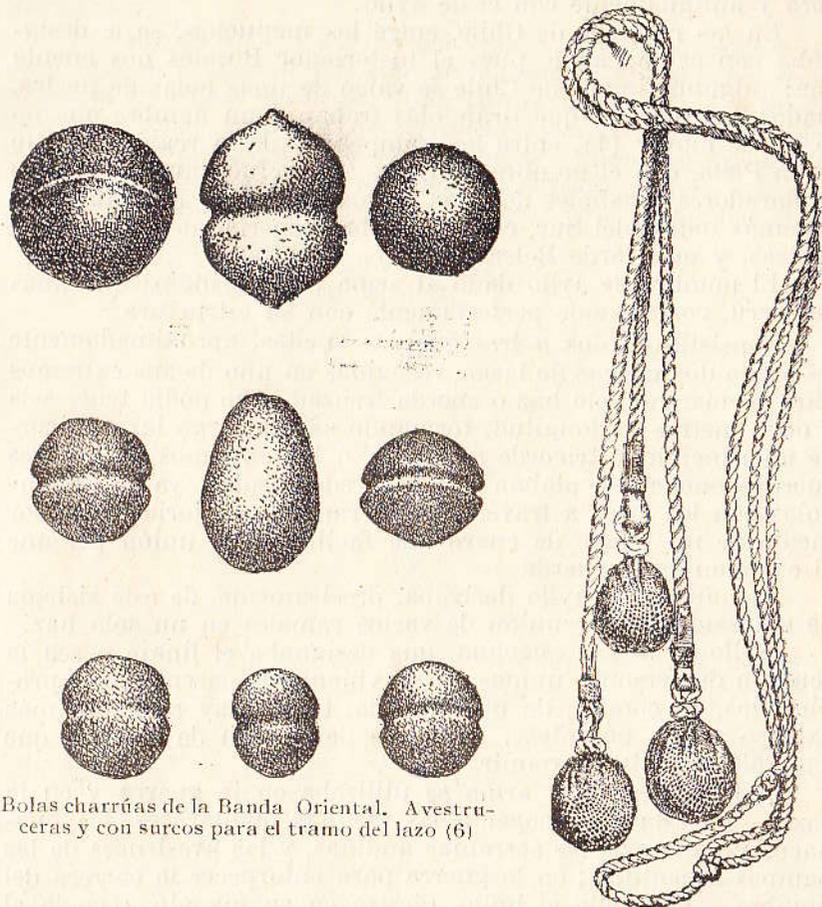
Consistía en dos o tres cuerdas sueltas, aproximadamente de uno o dos metros de largo, recogidas en uno de sus extremos para formar un solo haz o cuerda trenzada que podía tener seis a ocho metros de longitud, formando así un largo lazo unicorde al principio y tricorde al fin. En los extremos de las tres cuerdas sueltas se ataban piedras redondeadas, ya oprimiéndolas con los lazos a través de una ranura ecuatorial o ya por medio de un rebote de cuero que facilitaba su unión perenne al extremo de la cuerda.

El nombre de aylo derivaba, precisamente, de este sistema de enlazamiento o reunión de varios ramales en un solo haz.

Aylo es la voz quechua, que designaba el linaje o sea la reunión de personas unidas por el vínculo de parentesco, y propiedades, en común, de una parcela, tanto mayor cuanto más extensa era la parentela. Aylo es derivación de aylluni, que equivalé a juntar o reunir (4).

Así construída el arma se utilizaba en la guerra y en la caza; en ésta para coger a las vicuñas montaraces, los huacacos y llamas de las serranías andinas, y las avestruces de las pampas argentinas; en la guerra para entorpecer la carrera del hombre. Para ello el indio, diestro en su manejo, recogía el lazo, con las bolas de piedra, y formando una serie de hondas, después de imprimírle varias vueltas circulares, lanzaba las piedras del aylo, soltando las hondas de la cuerda y sólo manteniendo el extremo final por medio de una lazada que se hacía en la muñeca de la mano, lanzaba el aylo, decimos, a los pies del hombre o animal en marcha.

Hombre o bestia, se veía enredado por las cuerdas que daban vueltas entre sus piernas y le hacían caer en tierra. El padre Cobo nos da una descripción muy minuciosa de este ingenioso procedimiento de los indios: "A corta distancia, dice, para hacer y prender al enemigo, tiraban un instrumento, dicho aylo, que es de dos piedras redondas, poco menores que el puño asidas con una cuerda delgada y larga de una vara, poco más o menos; tirábalo a los pies para trabarlos y hacer su efecto, cuando la cuerda encuentra con las piernas, por que con el peso de las piedras de los cabos, da vuelta a ella hasta revolverse toda y enredarlas" (5).

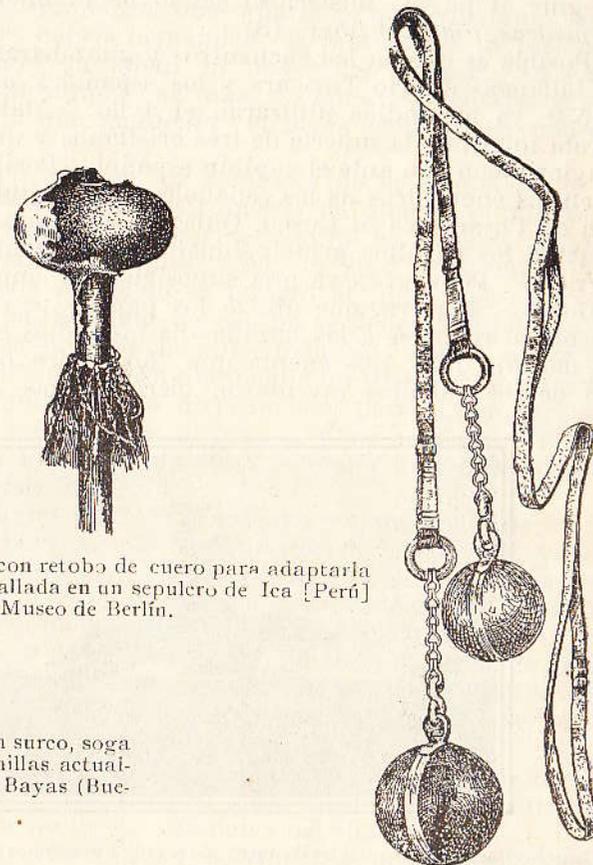


Bolas charrúas de la Banda Oriental, Avestru-
ceras y con surcos para el tramo del lazo (6)

Bolas de piedra retobadas en
cuero de lagarto, avestrueras
de la provincia de Entre Ríos.

En la caza se utilizaba la boleadora o aylo para apresar al animal que huía. Seguramente en los grandes chacos de vicuñas y huanacos después de estrechado el espacio del cerco

humano, el fin de la jornada se reducía al apresamiento de los animales, mediante el empleo del aylo. Así, es posible que su uso entre los indios andinos, haya sido tan extenso como antiguo. Los quechuas le utilizarían desde época remota, para la caza de las vicuñas, y principalmente del taruka o taruga (7). Los indios mapuches para la caza de las vicuñas y llamas salvajes, y los platenses y charrúas para la persecución y apresamiento de las avestruces. Tiene razón, por lo mismo, el doctor Leguizamón al decir "que la bola arrojadiza de la cuenca del río de La Plata, como los libes quechuas de nuestra región montañosa,



Piedra horadada con retobo de cuero para adaptarla
a una masa, hallada en un sepulcro de Ica [Perú]
existente en el Museo de Berlín.

Bolas esféricas con surco, sogá
tramada y cademillas actual-
mente en uso en Bayas (Bue-
nos Aires)

y el laque chileno, son utensilios indígenas primitivos, brotados independientemente sin duda en su respectiva zona geográfica, como un fruto espontáneo del cerebro local. Respondiendo a la misma necesidad de la vida embrionaria y miserable de cada tribu y que si bien presentan diferencias apreciables de forma en cuanto a la técnica de su fabricación, pero el respectivo nombre aborigen, que los designa, corresponde a un mismo

pensamiento: la idea de enredar, de inmovilizar al animal o al enemigo para apresarlo".

Es seguro que el aylo se empleó entre los indios de América, como arma ofensiva en sus rudos combates, fué utilizada únicamente para la caza, pero al iniciarse las luchas de la conquista hispana, y notar los indios las enormes ventajas de la caballería española, aplicaron el aylo para atacar a los caballos, y derribar a la vez caballo y caballero, que caían enredados por el terrible lazo. Alguna noticia dá al respecto el padre Arriaga cuando dice que los indios le contaron que Manco Capac hizo perseguir al pájaro misterioso salido de la huaca Huarivilca, con *pedras, ayillos o libes*. (8)

Posible es que en los encuentros y guazábaras entre los indios tallancas del río Turicara y los españoles, allá por el año de 1532, ya los indios utilizaran el aylo. Alahualpa recibió la grata nueva de la muerte de tres cristianos y un caballo, y se vanaglorió con ello ante el capitán español. Posible es también que en los encuentros de los españoles con los indios, en el trayecto de Cajamarca al Cusco, Quisquis empleara el aylo para apresar a los caballos principalmente en los combates habidos en Vilcas. Pero no es ya una suposición su empleo en el sitio del Cusco. Herrera, que utilizó los papeles perdidos de Cieza de León, al referirse a las hazañas de los indios en este famoso sitio del año 1534, nos cuenta que "los indios para resistir el daño de los caballos inventaron ciertas sogas de nervios de



Gaucho haciendo uso del aylo para perseguir a vestruces en las pampas

ovejas, con ramales, y en cada uno una piedra con que amaneaban y enlazaban a los caballos, y a los caballeros, de manera que quedaban atados sin poderse valer de las armas y los infantes eran de mucho fruto porque cortaban aquellos lazos, que llamaban ayillos, con las espadas, aunque con trabajo, por ser las cuerdas muy duras".

La descripción que del aylo nos hace Herrera demuestra

que la boleadora de tres ramales era conocida por los quechuas, es decir, tenía ya un uso anticuado y no ha sido invención posterior del indio charrúa, como parece que se deduce de la afirmación del doctor Leguizamón.

En los enterramientos indígenas, tanto de la costa como de la sierra se han encontrado piedras redondeadas con ranuras ecuatoriales, algunas en forma de huevos y muchas con retobos de cuero de llama y partes del lazo que la unía al cuero del aylo.

Es mi opinión que los indios andinos no emplearon la boleadora libre o arrojadiza, pues aparte de que semejante manera de combatir les habría demandado la fabricación de instrumentos que siempre quedaban en poder del enemigo, su empleo para apresar al animal que huía, no tenía las ventajas y la eficacia del aylo que mantenía el arma siempre en poder del atacante.

El uso del aylo en los combates de la conquista, lo convirtió en un verdadero instrumento de ataque y defensa. Lo empleó el indio ventajosamente contra los jinetes españoles, para amortiguar las terribles cargas de éstos, y determinó la captura de la bestia poniendo en peligro al jinete que caía en semejante trampa. Sólo que su uso no se generalizó por las dificultades del terreno. El aylo surte todos sus efectos en los terrenos llanos donde maniobra libremente un jinete, y donde el apresador puede tomar buenas disposiciones para el ataque; pero es casi inútil en los terrenos quebrados, y así eran todos los campos de batalla donde los antiguos peruanos probaron sus armas con los conquistadores. (9)

En cambio las pampas argentinas y patagónicas fueron magnífico medio para el uso de los ayillos o boleadoras, ya en la caza, ya en la guerra, y así, no es extraño que, semejante instrumento de ataque y defensa, haya perdurado y perfeccionado por el aborigen platense y el gaucho pampeano, que han hecho de su boleadora y de su lazo el símbolo de su destreza, de su valor y su energía; empleándola no sólo en el apresamiento de las bestias, sino en las luchas políticas en pleno período republicano.

Así nos lo relatan los escritores argentinos que han descrito en forma tan sugestiva, las costumbres del pampeano y la vida del gaucho de las estancias del Plata.

He allí la perfección del instrumento, la admirable destreza alcanzada por el gaucho en el uso del aylo y los efectos terribles de esta arma, cuya inventiva pertenece, seguramente, al hombre del Nuevo Mundo, y cuyas primeras aplicaciones hay que buscarlas en los remotos períodos de la barbarie de los aborígenes suramericanos.

(1) Diego Rosales. *Historia de Chile*, t. I. p. 46. ap. Leguizamón.

(2) "Tenemos la interpretación de la palabra *libes*—de *lick*, enredar, entrapar— dada por Vicente Fidel López, que describe con esa rara propiedad del idioma indígena el uso y objeto del utensilio. M. M. Leguizamón. *Etnografía del Plata. El Origen de las boleadoras y el lazo*, p. 9 Ed. Buenos Aires 1919.

(3) "Las boleadoras arrojadas no figuran como se advierte por la autorizada cita precedente. Un meritorio escritor que ha consagrado muy prolifas investigaciones acerca del origen del caballo y la boleadora en el Plata, ocupándose de la caza del guanaco por los antiguos patagones, asegura que ni Oviedo ni tampoco los compañeros de Magallanes dicen como cazaban los indios aquella bestia extraña. (a) *Leguizamón*. Ob. cit. p. 11.

(4) "Es digno de hacer notar, empero, que la voz *ayllu*, *quichua*, o *aymara*, servía para designar los linajes de la tribu, por la organización de la gens, con la que se formaron las comunidades territoriales y pueblos en el imperio peruano, como lo ha demostrado en un estudio sociológico recientemente publicado, el escritor boliviano Bautista Saavedra, bajo el título de *Ayllu*, impreso en París por la librería de Paul Ollendorf.

No se explica, pues, la denominación del P. Cobo, que escribió, en 1653, de *ayllu* a las pequeñas boleadoras, que ha servido nada menos que para nombrar a las cabezas principales en la organización de la familia. Se trata de un error de copia o de la imprenta, del manuscrito del viejo escritor jesuita. *Leguizamón*, p. 9.

(5) Cobo. *Historia del Nuevo Mundo*, t. IV. Lib. XIV. p. 196.

(6) Los grabados de bolas y ayillos que figuran en este capítulo, los hemos tomado de los insertos en la nunca bien ponderada monografía: "*El origen de las boleadoras y el lazo*", escrita por el Dr. Martiniano Leguizamón. Buenos Aires. 1919.

(7) El *taruka* o *taruga*, género *Cervus*.

(8) Pablo J. de Arriaga. *Extirpación de la idolatría en el Perú*. Col. Urteaga Romero. 2a. serie, t. I. p. 85.

(9)—La antigüedad del uso del *ayllu* está demostrada por la constante tradición entre los indios. En Arriaga hallamos la noticia que dieron en Guamanga de haber mandado Manco Capac perseguir al pájaro misterioso salido de la huaca Huarivilca con piedras *ayllos* o *libes*. Ob. cit., Col. cit., p. 84.

La clava ó maza

La clava con sus variantes, maza, porra o rompecabezas, era el arma más común en los ejércitos incaicos; su uso data de fecha muy antigua, pues así lo acreditan los dibujos de guerreros armados de clavos o mazas que se ven en las cerámicas de Nasca y del Chimú, en los relieves de los cántaros de este último estrato cultural lo mismo que en los de Tiahuanaco.

Consistía la clava en un mango de madera de ochenta a noventa centímetros de largo y de distinto grueso en sus extremos, pues, mientras en la empuñadura era de un grosor de seis a ocho centímetros de diámetro, éste se iba ensanchando, gradualmente, hasta adquirir en el extremo opuesto un ancho de quince a veinte centímetros, formando así una especie de gran mango de mortero, del que servía el soldado para descargar, con una o dos manos, terribles golpes sobre los cuerpos o cabezas de sus adversarios.

Se fabricaba generalmente como lo veremos más adelante, de palo de chonta, de Guayacán (*Portieria hygrométrica*), Lloque (*Pineda incana*), de haya y generalmente se empleaban los troncos del Mutuy (*Cassia florifera*) y del mismo Chonta, nudoso y áspero que recibía un ligero pulimento sin modificarle los bordes o protuberancias naturales, a fin de que sirvieran para hacer más desastrosos los efectos del golpe de esta maza, sobre los miembros del desgraciado que la sufría.

Habían algunas clavos más sencillas que medían apenas cuarenta o cincuenta centímetros de largo y grosor proporcionado; se colgaban de una cuerda de cuero a la muñeca de la mano derecha, y de este modo, al mismo tiempo que se aseguraba más a la mano, se evitaba el que pudiera ser fácilmente arrebatada al combatir.

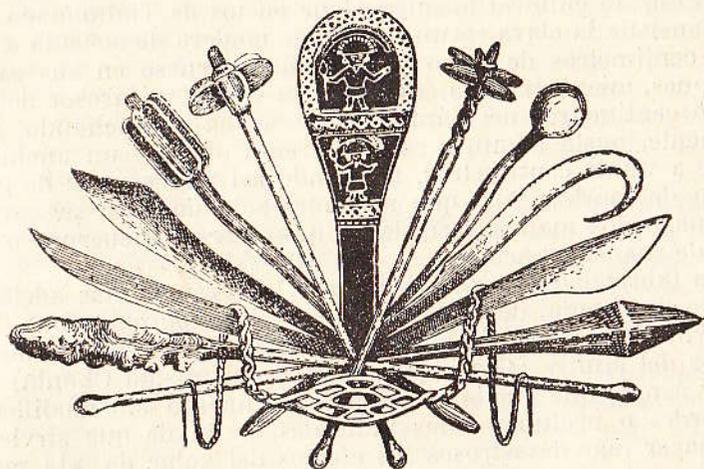
Los cronistas nos han dado noticias de ésta como de las otras armas usadas por los indios peruanos durante la Conquista. Sancho, secretario de Pizarro, al hacernos la descripción de los objetos hallados en los *cusos* de la fortaleza de Sacsahuamán nos dice que llamó la atención la cantidad de esas armas depositadas, entre las que enumera la maza (1).

Una variante de la clava, arma de una sola pieza y de una sola materia, nos ofrece la porra. Esta es una clava en la forma, pero el extremo de mayor grosor está formado por una armadura de metal con protuberancias o pías. De esta clase serían las que usaban algunos escuadrones de Atahualpa, pues Jerez nos cuenta que, estaban armados de porras, que

Estas eran de braza y media de largo y tan gruesas como una lanza jineta; "la porra que está al cabo engastonada es de metal, tan grande como el puño, con cinco o seis puntas agudas, tan gruesa cada punta como el dedo pulgar, juegan con ellas a dos manos". (2).

El padre Cobo describe así la clava y la porra: "Tenían unas mazas de madera pesadas y redondas, y otras que eran propia arma de los Incas con el remate de cobre, llamadas Champi, y es una asta como de alabarda, puesto en el cabo un hierro de cobre de hechura de estrella, con sus puntas o rayos alrededor muy puntiagudos". (3)

Y es precisamente la porra de esta última clase la que más frecuentemente se encuentra en los enterramientos, no sólo de



Hondas y macanas diversas, halladas en los sepulcros peruanos

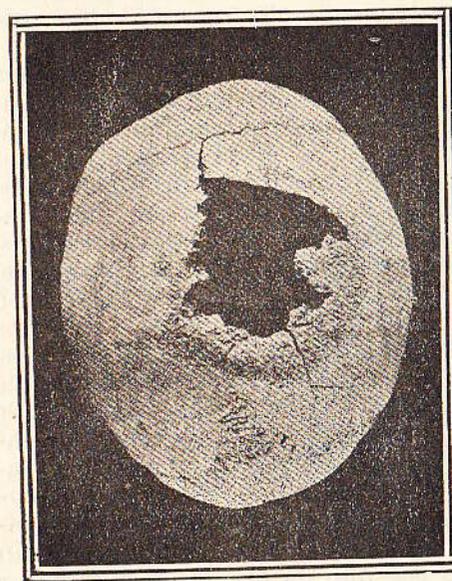
los indios kechuas sino de los antiguos yungas. En las necrópolis de Ancón, Chanchán y Pachacamac se han encontrado ejemplares de este tipo que se exhiben en el Museo Nacional en Lima y en muchos particulares, principalmente en el del doctor Javier Prado.

El padre Velasco dice que la masa de madera tal como la hemos descrito más arriba, era llamada por los indios *huactana*, y nombraban *quaycopa* a una porra pequeña arrojadiza (sic) con mano como de martillo. (4)

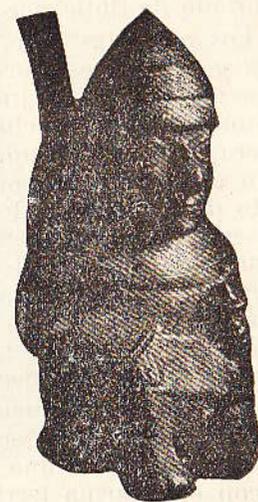
Garcilaso nos cuenta que "usaban una arma a manera de montante o digamos porra, porque le es más semejante, que se juega a dos manos, que los indios llaman "macana". La llamada "macana" por los indios, era sin el auxiliar de cobre en el extremo. Su uso se había generalizado entre los pueblos indígenas de la América meridional, como lo comprueban los testimonio de los antiguos cronistas. Román y Zamora (5) y Vargas Machuca (6) nos hablan del uso del arma entre natura-

les de América y don José Toribio Medina ha transcrito noticias interesantes al respecto, dadas por Pietas, (7) Pedro de Oña, el jesuita Rosales y Gonzáles de Nájera. (8)

Jerónimo Pietas decía en su informe al Rey, que la Macana entre los araucanos "tenía diez palmos de la muñeca de la mano; en la manga en un palmo de largo y en la planta hay diferencia porque unas son llanas, otras acanaladas, otras sembradas de puntas de grosor de un dedo". Pedro de Oña en las aclaraciones a su poema le da de alto dos brazas y media, "remata hacia arriba haciendo un codillo más ancho que lo demás del asta en forma de cayado; júeganla a dos manos: "La macana, añade Rosales es un palo largo, guarnecido a la punta, el cual juega a dos manos, y en dando a uno un golpe como son tan forzudos los indios, si dan en la cabeza le aturden hacen gran impresión y con la retorcida de la macana



Fractura de cráneo o producción probable por golpes de macana



Un noble armado de macana que la empuña con la mano izquierda

derriban al herido". Y más adelante agrega que "la otra especie de macana sembrada de puntas, era una arma temible porque hacía muchas heridas a la vez; los indígenas de Chile le llaman "loncoquilquil". El capitán Gonzáles de Nájera que describe mejor que ninguno esa arma asegura que eran raros los indios (en Chile) que la cargaban, y dice que era una asta de madera, densa, pesada, de largueza de quince palmos, poco más o menos y tan gruesa como la muñeca con una vuelta al cabo, de hasta palmo y medio que va ensanchando hasta el remate cuando un palmo y gruesa como dos dedos, modo de

tabla en cuya vuelta forma un codillo que es la parte con que de canto hace el golpe e hiere, y así se valen de ella los indios en las trabadas peleas y particularmente en donde se defiende mucho un enemigo, porque en tales tiempos llega el macanero, y con un golpe que le alcanza concluye con él y lo echa a una por armado que esté, porque siendo esta arma como es de dos manos, levantada en alto y dejada caer, con poca fuerza que sea, ayudado su peso como queda atrás la vuelta que dije, y va el codillo adelante, corta el aire y asienta tan pesado golpe donde alcanza que no hay celada que no abolle, ni hombre que no aturda y derribe, y aún es tan poderosa esta arma, que se han visto algunas veces hacer arrodillar a un caballo y aún tenderlo en el suelo, de un solo golpe". "Los compañeros de Michimalongo, según Mariño de Lobera agrega don José Toribio Medina, traían también cuando vinieron a atacar a Valdivia "porras de armas de metal, con púas de extraño artificio" pero es evidente que este instrumento de guerra, había sido importado de Chile por los peruanos".

Los cronistas dan indistintamente el nombre de *macana*, *porra* y *maza* a esta arma, a la que genéricamente podría llamarse clava, y que a juzgar por algunas descripciones se nombra maza y por muchos macana a la clava hecha solo por madera, con un extremo nudoso y cubierto de protuberancias, y con el nombre de porra al mango de madera con un aditamento de cobre o piedra, especie de estrella o rompe cabezas, que servía para hacer más contundente y terrible el golpe del instrumento sobre la víctima que sufría sus efectos. Garcilaso la describe así: "una arma a manera de montante o digamos porra porque le es más semejante, que se juega a dos manos, que los indios llaman "macana". (9) Un autor anónimo testigo ocular del sitio del Cusco, nos describe el terrible momento de la toma del último fuerte de Saesahuamán y el valor del capitán indio que lo defendía, armado de coraza y escudo españoles, y blandiendo una enorme *maza armada de puntas de cobre* con cuya arma terrible derribaba a todos los que intentaban forzar el paso, dice así: "En la fortaleza quedó un capitán muy estimado entre ellos que era uno de los que bebieron por los vasos que he dicho y con él estaban los demás que pasaron debajo de aquella condición que he dicho que puso el Inca, los cuales pelearon aquel día y toda la noche, donde Hernando Pizarro trabajó tanto, porque los españoles no aflojasen, que parecía cosa imposible poderlo sufrir. Como otro día amaneció, los indios que estaban dentro comenzaron a aflojar porque habían gastado todo el almacén de piedras y flechas, viendo el capitán que estaba dentro, no se escribe de romano ninguno, hacer lo que hacía, y después hizo, porque con una porra en la mano andaba discurriendo por todas partes, y al indio que iba cobarde luego con ella le hacía pedazos echándole abajo; en este tiempo le dieron dos saetas e hizo tan poco caso de ellas,

como si no le tocaran, y viendo que su gente del todo aflojaban y los españoles por las escaleras y por todas partes cada hora, le apretaban más, no teniendo con qué pelear, viendo clara, la perdición de todo, arrojó la porra que tenía en las manos a los cristianos, y tomando pedazos de tierra le mordía, fregándose con ella la cara con tanta congoja y bascas que no se puede decir. Y no pudiendo sufrir ver a sus ojos entrarse (sic) la fortaleza, conociendo que entrada era forzado morir, según la promesa que había hecho el Inga, se echó del alto de la fortaleza abajo porque no triunfasen de él". (10)

La misma escena la relata otro testigo de vista, Pedro Pizarro, el que nos cuenta que el capitán indio "andaba como un león de una parte a otra del cubo, estorbando a los españoles que querían subir con escalas y matando a los indios que se les rendían. . . . dándoles con la porra que traía, en las cabezas que las hacía pedazos. (11)



Román y Zamora que nos describe esta arma de combate, se limita a enumerarla entre las armas ofensivas más terribles; pero distingue la maza de la porra, y es probable que cuando dice: "Todo género de armas había. . . . traían mazas y porras hechas de cobre y de palo muy duro refiere al nombre de porra a la clava con rompecabezas de cobre o puntas de este metal, y mazas a las clavos de madera únicamente". (12)

Cieza de León llama a los maceros "archeros y alabarderos". No faltan sin embargo, cronistas que dan el nombre de macanas a unas espadas o chafalotes de madera que usaban también los indios peruanos, uno de cuyos ejemplares posee el Museo del Dr. Prado, en Lima, y cuya figura reproducimos en el grabado de la pág. 312. Dicha arma era usada por el com-

batiendo blandiéndola a dos manos, y es a ella que se refiere el capitán Vargas Machuca cuando nos dice: "Usaban también unas macanas como montantes o espadas de mano y media, son de palma y juéganlas a dos manos". (14)

El padre Velazco no para mientes en afirmar que la "macana" era un sable muy grande de madera capaz de partir un hombre"; de la porra, a la que llama Turpuna, dice ser como alabarda y pica de chonta, madera como de hierro con puntas de cobre o sin ellas. (15)

Es del padre Velazco, muy poco escrupuloso en la enumeración de las armas de los antiguos indios como lo notó Prescott, (16) de donde tomó sus datos don Mariano Rivero (17) cuando se aventuró a afirmar que la *Guicopa* era una porra pequeña arrojadiza de mano como de martillo; pues si bien existe esta pequeña porra como se ve por el grabado que reproduce un



hallazgo en necrópolis de la costa de Lima, nunca podía servir de arma arrojadiza, pues el trabajo de su factura no había de reducirse a proporcionar al enemigo un precioso instrumento, fácil de aprovecharse después del primer ataque.

Para el señor Roberto Paredes, distinguido publicista boliviano: "la primera arma ofensiva que tuvieron los indios fué la "kupaña" que era un palo con una porra de piedra asegurada a una de sus extremidades con las que quebrantaban el cráneo de sus enemigos o de las bestias salvajes que lo atacaban, empleándola como una poderosa maza. A medida que los hombres progresaron debieron ir inventando otras de mayor

alcance y fácil manejo, según se desprende de los restos encontrados en las ruinas de poblaciones habitadas por los kollanas. Posnansky hace la enumeración de ellas, de esta manera: "Como armas se servían los tiahuanacus de las siguientes: arcos y flechas que tenían sus puntas de silve cuarzo, obsidiana u otras materias duras y flechas con punta de bronce, hueco, con una perforación en un extremo, que hacía las veces de garfio, glóquida; la estrella de bronce o macana, que colocada en el extremo de un palo, servía para dar golpes mortales en el cráneo del enemigo la bola que era una esfera de 30 milímetros de diámetro más o menos, de fierro de sideritos o piedra, en este caso de mayor tamaño, cubierta de un tejido y amarrada a una cuerda para que pudiese ser jugada por la mano; además usaban lanzas y sin duda otras armas como la honda y tal vez un aparato que lanzaba a distancia y con fuerza grandes cantidades de piedras pequeñas, y agrega el señor Paredes: "La macana era de madera con uno o dos filos, con o sin punta, corva o recta, más o menos gruesa".

"La clava constaba por lo común de un mango de madera y una porra de granito o cobre, algunas veces erizada de agudas puntas de largo de una braza y media de longitud al asta más o menos. La llevaban colgada de la muñeca por una correa y para que ésta no les lastimase la acomodaban sobre una manilla de metal, con el nombre de "chipana". Usaban esa arma blandiéndola a dos manos y cuando daba en el blanco, la herida que producía era mortal. La de los jefes solía ser de plata y aún empleaban oro para estas mazas. La madera empleada para estos instrumentos era siempre la chonta, por ser la más dura y apropiada". (18)

La clava ya fuera maza de madera o porra con armadura de puntas de cobre o estrella de este metal o de piedra, variaba de tamaño. Las habían hasta de braza y media, 1m.50 cms, aproximadamente, y en su mínima longitud de 40 a 60 cms. como se muestran los ejemplares del Museo Prado. Se usaban, tomándolas generalmente con ambas manos, por su extremo más delgado y elevándolas en alto para descargar contra el enemigo el feroz golpe, que, cuando era certero producía la muerte, y cuando no, dejaba fuera de combate al herido o contuso. Muchos de los cráneos partidos o magullados que se encuentran en los sepulcros antiguos, han pertenecido a soldados caídos en el campo de batalla, víctimas de los golpes de la clava indiana. Y es probable que la mayor parte de las trepanaciones de cráneos de antiguos indios, verificadas "ante mortum", hayan tenido por único objeto salvar al herido sometiendo a un tratamiento quirúrgico incipiente; así lo creen con bastante fundamento, quienes con marcada competencia han hecho estudios especiales sobre este procedimiento operatorio entre los viejos peruanos. Así se desprende del estudio practicado por el doctor Carlos Morales Macedo. Es a éste inteligente médico

antropólogo, al que debemos la hasta hoy única muestra del procedimiento quirúrgico practicado por el cirujano indio en la persona de un paciente (19).

Los golpes de porra recibidos en la cabeza producían la rotura del cráneo en una o varias partes según fuera el número de las protuberancias o puntas de la estrella de cobre o piedra que se incrustaba en el hueso, y es fácil descubrir, con bastante aproximación en los cráneos trepanados, cuáles son los casos de contusión de porra y la trepanación de la zona afectada. Algunos de estos ejemplares se ofrecen en los grabados.

La clava de madera o maza era fabricada por los indios, de madera fibrosa y dura. Unas veces era de palo de luma (*Mirtus luma*), otras de palo de chonta (*Gulielma insignis*),



de trozos de quishuar (*Budleya incana*), y de capulí (*Cerasus capulí*), de guayacán (*Portieria hygrométrica*), de espino (*Acacia cavana*) de la raíz del mutuy (*Cassia florifera*) y de Boldo (*Boldoa fragans*). (20)

Las porras de los jefes y capitanes posiblemente estaban chapeadas de plata y tenían del mismo metal los rompecabezas, y en cuanto a las del Inca y principales de la corte, las habían de oro; seguramente de madera el interior del mango y la cabeza de oro macizo, lo que se colije por algunas de las relaciones de los *Cronistas*. Así Juan Santa Cruz Pachacuti, al describir la solemne coronación de Huaina Capac, nos cuenta que el Inca llevaba una "huamanchampi" de oro. (21) Los *huaris* o *champs* eran, según Sarmiento de Gamboa, (22) unos cetros de

oro, aseveración que también hace Garcilaso, cuando al contar-nos la muerte del desgraciado Huáscar y sus parciales, verificadas por el cruel Quisquis en Andamarca, nos dice que a los capitanes del Inca prisionero los mataron con los golpes dados con unas hachas y porras pequeñas de una mano que llaman Champi. (23) Ya tendremos ocasión de observar que los champs o cetros eran hachas de oro que terminaban en una cabeza de porra o en una figura de halcón, el totem de la tribu de Manco Capac. (24)



La aplicación de la clava no puede verificarse sino en la mayor rudeza de los combates, en la lucha encarnizada de hombre a hombre, en los encuentros de violencia suma, en que todo cálculo escapa a la previsión del ataque y la defensa, porque es la ira el incentivo de aquel, y apenas hay lugar para organizar una resistencia salvadora. Supone, además, el ejercicio de esta arma, una complexión robusta de parte del que la manejaba, para que los golpes en conjunto o parcialmente, hagan el efecto de los martillazos que pulverizan el obstáculo, resistencia, que, en este caso, casi siempre es la cabeza o el tronco del cuerpo humano.

En el empleo de la masa es que tienen su más completa aplicación el principio bélico medioeval: *vir virum legit*.

- (1)—Pedro Sancho. "Toda esta fortaleza era un depósito de armas; porras, lanzas, arcos". *Relación. Col Urteaga-Romero*, t. V. p. 194.
- (2)—Jerés (Francisco de) *Relación. Col. Urteaga-Romero*, t. V. p. 63.
- (3)—Bernabé Cobo. *Historia del Nuevo Mundo*, t. III.
- (4)—Velazco. *Historia del Reyno de Quito*, t. II Lib. II, párrafo 7o.
- (5)—Román y Zamora. *Repúblicas de Indias*, t. II Lib. III, c. XII.
- (6)—Vargas Machuca. *Milicia Indiana*, c. I.
- (7)—Jerónimo Pietas. Apud. Medina. *Aborígenes de Chile*, c. VII.
- VII.
- (8)—Rosales. Apud. Medina. Ob. cit. c. VII p. 134 y sigs..
- (9)—Garcilaso. Ob. cit. Lib. VI, c. XXV p. 196. t. III, c. XXV. *Col. Urteaga*.
- (10)—*Varias Relaciones del Perú y Chile*. "Relaciones del sitio del Cusco y principio de las guerras civiles del Perú, hasta la muerte de Diego Almagro 1535-1539". *Colección de libros españoles raros o curiosos*, t. XIII, p. 31 a 33.
- (11)—Pedro Pizarro. *Relación* en el t. VI de la *Col. Urteaga-Romero* p. 97.
- (12)—Román y Zamora. Ob. cit. t. II. Lib. III, c. XII.
- (13)—Cieza de León. *Señorío de los Incas* c. XX. p. 78.
- (14)—Vargas Machuca. *Milicia y descripción de las Indias*, t. I. Lib. I, p. 38. *Col de libros españoles raros y curiosos* t. VIII.
- (15)—Velazco. Ob. cit. t. II Parte II. Lib. II párrafo 7o.
- (16)—Prescott. *Conquista del Perú*, Lib. III, c. X p. 139. Nota Ed. Gaspar y Roig.
- (17)—Rivero y Tsehudi. *Antigüedades Peruanas* c. IX p. 212.
- (18)—Rigoberto Paredes. "Trajes y armas indígenas". *Boletín de la Sociedad Geográfica de la Paz*, Año XVI, No. 47.
- (19)—Morales Macedo. *La deformación artificial del cráneo en el antiguo Perú*. Estudio presentado ante el 2o. Congreso Científico Panamericano. Washington 1917.
- (20)—Para la nomenclatura científica de las maderas nos hemos servido de los magníficos trabajos de Geografía botánica, escritos por el Catedrático de la Universidad del Cusco Dr. Fortunato Herrera.
- (21)—*Relación* 3a. Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas. D. Marcos Jimenez de la Espada, anota así la palabra Guaman Champis: *macana real*. La traducción literal decía *el hacha del halcón*, quizá por el *totem* (halcón) que coronaba el cetro real.
- (22)—Sarmiento de Gamboa. Ob. cit. párrafo 68. p. 31.
- (23)—Garcilaso. Ob. cit. Col. cit. Primera Parte. Lib. IX, c. XXXV.
- (24)—Cobo nos dice: "el mismo Inca en lugar de cetro traía en la mano un champi corto como bastón con el hierro (?) de oro"; con el puño de oro quiere decir el cronista. Ob. cit. t. III. Lib. XII, c. XXXVI p. 287.

El Arco y la Flecha

Los descubrimientos paleontológicos han demostrado que no fué el arco la primitiva arma del hombre en el rudo combate que tuvo que emprender, primero contra la naturaleza y después contra el hombre mismo; tuvo como antecedentes al harpón y la estólica. Cuando aparece el arco, que es una máquina complicada en medio de la simplicidad primitiva, ha pasado un largo estadio de la cultura humana; ya el hombre dominador de la bestia, ha sabido utilizar la piel de ésta para la fabricación de la cuerda, o las fibras del vegetal o la misma hebra de las pieles del animal apresado en la caza.

Supone además, el descubrimiento del arco, el conocimiento de la elasticidad y sus aplicaciones; y esto no podía ser sino el efecto de una larga experiencia y una atención educada.

Pero si no es la más antigua de las armas humanas, en cambio es la más universal; no puede señalarse ningún pueblo ni raza que tenga el privilegio de su invención. Tan antigua como la civilización de la Caldea y el Egipto en cuyos bajos relieves y dibujos se le encuentra, ha sido utilizada también desde remotos siglos por los negros del Africa y por los pueblos malayos de la Oceanía. Ni siquiera tiene como zona geográfica el viejo mundo, pues al descubrirse la América se encontró que el arco era la más extendida arma entre las razas aborígenes del Nuevo Mundo.

En el Antiguo Perú el uso del arco estuvo muy generalizado y fué el arma principal de los ejércitos del Imperio kechua.

Los desenterramientos en Chíncha, Virú, Supe, Ancón, Nievería, Pachacamac, Valle de Lima, Isla de San Lorenzo, Ica, Nasca, Lomas, Acari y Arica han presentado muchísimos modelos de estos instrumentos. Los arcos se fabricaban de palo de chonta y de *mutuy*, maderas fibrosas de propiedades muy elásticas y las flechas de madera más liviana, generalmente de cañas y de una madera parecida a la enea (1).

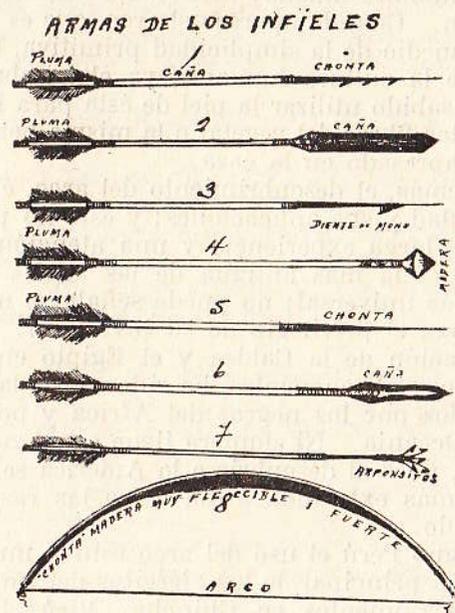
Las puntas de las flechas eran de hueso, de madera (huayacán tostado para darle consistencia) y sílex y pocas veces de metal; este aditamento se hallaba fuertemente unido a la caña por una cuerda delgada.

La longitud del arco era de 1 metro 20 cm. a 1 metro 50 cm. y las flechas alcanzaban de 60 a 80 centímetros.

La descripción que hace Nájera de las flechas de los indios puelches, atacameños y mapuches cuadra muy bien con las usadas por los indios andinos; dice así: "Píntalos de varios

colores que les dan de lacre; los puntos son de diferentes materias y figuras por que las más comunes son unos husillos de hueso de hasta un jame de largo, lisos y agudos como punzones y algunos con arpinados dientes difíciles de sacar de las heridas.

Otros traen de las mismas cañas, cuyos arpones o lengüetas dejan de industria delicados y frágiles porque rompiéndose se quedan en las heridas a causa de ser venenosas y finalmente todas las puntas engastadas de manera de sus astas, que con facilidad se desprenden y quedan donde entran como los casquillos de acero, que usan los turcos en sus saetas. De estas flechas



traen bien parecidos sus carcajes que unos indios que llaman "puelches", que habitan en las faldas de la cordillera, los traen hincados en el tocado que usan a modo de turbante hechos de madejas de lana de varios colores" (2).

Los flecheros peruanos formaban la mayor fracción del ejército de los Incas. Cieza de León nos habla de los numerosos escuadrones que acompañaban al Inca (3); Cobo nos dice de la destreza que los indios alcanzaron con esta arma, de la que se encontraron grandes depósitos en la fortaleza de Sacsayhuamán, como nos cuenta Pedro Sancho.

Se ha creído por algunos historiadores que los kechuas emplearon las flechas envenenadas en sus combates (4). Si bien la ponzoña extraída de los vegetales era conocida por los indios

del Perú desde muy antiguo, fué proscrito su uso por los ejércitos del Inca, no empleándose el dardo envenenado ni aún contra sus mayores enemigos. En los combates contra los salvajes de Barbacoas y el Chocó, no lo empleó el Inca Huayna Capac ni se intentó usarlo contra las huestes españolas; su uso estaba proscrito y quien empleaba la flecha envenenada era castigado severamente. Los castigos empleados por el Inca contra los envenenadores lo fueron también contra los que aplicaban ponzoña a los dardos en combates.

El uso de la flecha envenenada que no se había generalizado aún entre las tribus más feroces, se conservaba entre los salvajes de la región amazónica y entre los araucanos de Chile.

El hecho de que los puelches del norte de Chile usaran el veneno en sus flechas, no prueba que hubiesen aprendido el uso de empozoñarlas de los peruanos, pues mientras los cronistas del Arauca afirman que durante la conquista, los soldados de Valdivia tuvieron que sufrir lo efectos de los dardos envenenados (5), ningún cronista español ha afirmado que en el Perú los conquistadores hubieran lamentado en los combates con los indios, práctica tan inhumana. Ni Cieza que es tan minucioso en los detalles, al narrar los combates de los indios, ni Garcilaso, ni Sarmiento de Gamboa, ni Cabello Balboa, han asegurado el uso de la ponzoña en las flechas de los soldados del Inca.

Y sin embargo el uso de la hierba envenenadora era conocida por los indios, y la utilizaban los salvajes, y hacían comercio con el jugo de veneno, depositados en anforitas.

El Curaré del que nos ha hablado en una conferencia memorable el señor Simoens da Silva (6) era confeccionado por el sumo de cierto vegetal. Se mojaba en este líquido la punta de la flecha la que al penetrar en el cuerpo humano e infectar la sangre, no producía un efecto tóxico sino la paralización de los músculos voluntarios, amortiguando en extremo los latidos del corazón y las demás funciones. El herido que abandonado a sus fuerzas, muere, puede volver a la vida si durante la parálisis, se le mantiene la circulación y una respiración artificial.

Los peruanos adornaban sus flechas, con plumas de colores y tallaban sus arcos con artísticos dibujos, y en el extremo de los dardos sabían poner plumas; y cuando no, ligeras láminas de cuero para marcar la dirección del proyectil.

En las marchas llevaban el arco sujeto al hombro y las flechas en haces, es decir, reunidas en conjunto formando un cesto; no usaban carcaj; al pelear colocaban el cesto de flechas en el suelo, de donde tomaban los dardos para disparar; cuando avanzaban o huían, levantaba su haz de flechas y emprendían el avance o la retirada; antes de caer en poder del enemigo, cuando este resultaba vencedor, el soldado peruano rompía sus arcos y sus flechas para no ofrecer a su enemigo instrumentos de

combate que hubieran podido utilizarse contra sus compatriotas.

Tal era el arma y su uso entre los soldados del Imperio del Sol.

(1) En el Sur entre los indios puelches y mapuches se usaban unas cañas a los que les daban el nombre de trabas o *coleos* que como lo hace notar Medina, deben ser Coleos muy abundantes en el Sur de Chile. J. T. Medina. *Aborígenes de Chile*. c. VII p. 134.

(2) Gonzáles de Najera. *Apd. Medina Ob. cit.* p. 134.

(3) Pedro Cieza de León. *Crónica General del Perú*. 2a. Parte *Señorio de los Incas*. c. XX p. 78.

(4) Así lo asevera el jesuita Rosales, citado por Medina que acoje a su vez esta acusación contra los indios del Perú. Según Rosales el veneno es extraído del jugo lechoso de la raíz del Coliguay (*Coliguaya odorifera*). Lo que sí podemos asegurar es que el uso del veneno era común entre los araucanos que con semejante procedimiento hicieron sufrir a los soldados españoles de la conquista, "éstos salvaban muchas veces al herido echando soliman crudo". Rosales. *Historia de Chile*. t. I. p. 118. *Apd. Medina*.

(5) El jesuita Rosales, refiere que cuando Pedro de Valdivia llegó al Valle de Huasco, envió a su maestro de campo a que por la falda de la sierra diese vuelta al Valle y procurase cojer lengua, el cual se dió tan buena maña que entre otros indios de cuenta que cojió fué uno, el mayor señor del Valle llamado Caluba de buena presencia y que por sus venerables y nevadas canas parecía un cisne, sus vasallos viendo a su cacique preso, bajaron de las sierras y trabaron, por libertarle una gran batalla con los nuestros, dándoles mucho que atender las flechas envenenadas que traían". *Historia*. t. I. p. 378.

(6) Conferencia en la Sociedad Geográfica de Lima, en enero de 1911.

El hacha

Muy interesantes noticias conservamos del uso del hacha como arma ofensiva usada por los ejércitos incaicos. Probablemente se empleó en los combates desde época muy remota, ya que se ha supuesto que una de las insignias de mando de los soberanos era una hacha real, que llevaban a guisa de cetro (1)

La iconografía de los Incas ofrece una variedad de ejemplares de este cetro. En algunos retratos se ofrece como un simple bastón de puño acampanado, sobre el que se asienta un falcón, el ave tolémica de los hijos del Sol; tal se muestra en el medallón con la efigie del primer Inca que trae la *Historia Incaica* de Sarmiento de Gamboa y la crónica de Herrera. En algunos cronistas se designa el hacha guerrera con el nombre de *Champi*. El mismo Garcilaso escribe que Huáscar fué muerto con los golpes que le propinaron sus verdugos con unas hachas y porras pequeñas de una mano, que llaman *champi*, pero el *champi*, se traduce más bien por porra o macana, así lo hacen Santa Cruz Pachacutec y el padre Gonzáles Holguín.

Que el hacha fué una terrible arma ofensiva de los imperiales, lo prueba la persistencia con que es citada por cronistas que fueron testigos oculares y actores en las luchas de la conquista. Jerés, el mejor informado al respecto, al describirnos la marcha del ejército del Inca Atahualpa a Cajamarca, nos dice que tras los honderos y rodeleros venían "otros que traían porras y hachas de armas" y después de describir la porra nos dice que las hachas eran de brasa y media "la cuchilla de metal de anchor de un palmo como alabarda", y agrega: "Algunas hachas y porras de oro y plata que traen los principales" (2). Sancho vió también en la fortaleza de Sacsayhuamán, junto con las porras y lanzas, y "hachas", traídas como las otras armas de los diferentes puntos del imperio. Y Gutiérrez de Santa Clara que oyó a testigos oculares que asistieron a la tragedia de Cajamarca, nos dice que los soldados estaban armados de hachas" (3)

(1) Jerés. *Relación*. Ob. cit. Col. cit. t. V. p. 63.

(2) Sancho. Ob. cit. Col. cit. t. V. p. 194.

(3) *Historia de las Guerras Civiles del Perú*. t. III. c. LIII p. 466.

La lanza

La lanza fué también una de las armas en uso en los ejércitos imperiales, probablemente desconocida por los antiguos pueblos preincaicos, los Soberanos kechuas la adoptaron para ampliar el armamento de sus tropas, y cuando las experiencias de su vida guerrera les enseñaron su utilidad y aplicación. Aunque arma propia de los soldados de a caballo, que tiene que ampliar la longitud de su brazo para atacar al enemigo de a pié o al jinete que se coloca a distancia, la lanza puede ser también manejada con ventaja por soldados de infantería, y servir de poderoso recurso para los fuertes ataques en masa. Así, para infantes adiestrados fué que se empleó esta arma, pero su manejo se confió siempre, sólo a un corto número de combatientes que se ponían en movimiento e iniciaban un ataque cuando corría peligro el grueso de los maceros. No es improbable que el uso de la lanza comenzase después de las grandes conquistas de Tupac Inca y Huayna Capac, pues las antiguas tradiciones no mencionan su uso entre los primeros ejércitos conquistadores de kechuas, ni se la encuentra dibujada en los bajos relieves de los mitos antropomorfos, ni tenían aplicación en la liturgia religioso-política de los teócratas incas. Los dibujos y bajo relieves de los monumentos arqueológicos en los estratos culturales de Tiahuanaco y Chavín, no muestran el instrumento ni como símbolo místico ni como instrumento guerrero en manos de combatientes; en cambio, aparece ya en los cántaros chimús y en algunos vasos de Nasca. El museo Prado de Lima muestra, en un cántaro, una cacería en la que los perseguidores de la taruca (venado), están armados de lanzas, que arrojan, a manera del *pilum* romano (1), sobre los ciervos, y con los cuales algunos cazadores atacan eficazmente a la bestia.

En algunas tumbas incaicas de las regiones de Cajamarca y Ancash se han hallado también lanzas adornadas con plumas y borlas o colgajos de lana en colores, seguramente era la elegancia que gastaban los jefes en el ornamento de sus armas. Con el nombre de *chuqui-llaka* se conoció a la lanza con borlas de plumas, y el padre Holguín asegura que "se denominaba *chasca* a la lanza de los cañaris con borla grande".

La verdad es que esta arma era conocida por los indios del Ecuador, lo mismo que los yungas de la costa, desde época anterior a la conquista de los kechuas, los que, como los ro-

manos, al conocer su aplicación por los enemigos la adoptaron para ampliar sus instrumentos de guerra.

Cuando los españoles aparecieron, el uso de la lanza en los ejércitos imperiales se había generalizado, y el arma había alcanzado la mayor perfección posiblemente entre los indios. Francisco de Jerez y Miguel Estete nos cuentan, que en las tropas de Atahualpa, los escuadrones de piqueros y lanceros, que cerraban la marcha, formaban la retaguardia del ejército imperial. En Jeréz leemos que tras los maceros venían "otros con lanzas pequeñas arrojadas como dardos y en la retaguardia venían los piqueros con lanzas largas de treinta palmos". (2). Miguel Estete que presencié la gran parada del ejército indio en su campamento de Pullamarca, en Cajamarca, cuenta que las lanzas eran "picas sin hierros, tostadas en las puntas" (3).

Pedro Gutiérrez de Santa Clara que, como hemos dicho, recogió noticias de testigos oculares, copia la descripción de Jeréz por encontrarla verídica, y así nos asegura la existencia de "piqueros con lanzas de treinta palmos de largo" (4).

En la descripción tantas veces citada que hace el secretario Pedro Sancho, de la fortaleza de Sacsaihuamán y del arsenal que se encontró en el interior, hallamos citada la *lanza* como arma de combate de los soldados imperiales. Las lanzas halladas en las excavaciones hechas en antiguas moradas indias o en las ruinas de vetustísimas fortalezas, nos ofrecen ejemplares variados, generalmente son varas de chonta de dos a cuatro metros de largo. La punta de la lanza se conseguía quemando el extremo, y por la acción del fuego, puliendo la madera hasta formar un agudo pivote. De esta especie eran las lanzas usadas por los indios del ejército de Atahualpa, como lo asegura Estete. Rara vez tenían las lanzas aditamentos agudos de hueso tan frecuentemente empleados en los arpones de las estólicas.

Se acostumbraba adornar la lanza con borlas o haces de plumas. Las lanzas usadas por los nobles o capitanes estaban adornadas con plumas y forradas en plata. En muchas se dibujaban, sobre la madera, grecas o símbolos míticos, como se puede observar en algunos ejemplares de los que posee el Museo Prado de Lima.

El guerrero indio armado de lanza, estaba siempre defendido por su rodela o adarga de madera, forrada en cuero, y gracias a este auxiliar defensivo, podía penetrar en lo grueso de la pelea, ya que el uso de la lanza supone el principio del ataque cuerpo a cuerpo.

(1) El *pilum* romano era un dardo arrojado de 1.60 metros de longitud, mitad de hierro, mitad de madera y cada soldado llevaba dos. *Mundó. Historia Universal*. c. XVIII.

(2) Jerés. *Relación*. Ob. Cit. Col. cit. t. V. p. 63.

(3) Miguel Estete. *Noticias del Perú*, publicada por vez primera por don Carlos M. Larrea en el Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos. No. 3. 1919.

(4) *Historia de las guerras civiles del Perú*. t. III. c. LIII p. 466.

Armas defensivas

Usaron los soldados del imperio como armas defensivas: los cascos de madera para cubrir la cabeza, las pecheras de bronce, plata y oro para defender el tronco, el escudo de madera, simplemente, o de madera blindada con láminas de metal para proteger el cuerpo, y los petos embutidos de algodón para defender el pecho y las espaldas.

Los cascos de madera

Tenían los cascos la figura de conos, blindados con un cordón de pita que los envolvía; algunos estaban protegidos por unos anillos de metal, y a veces forrados con una lámina de plata. Generalmente los usaban los oficiales y jefes; los nobles siempre peleaban con sus cascos blindados de oro y adornados con plumas y amuletos. En la cerámica yunga se observa magníficas reproducciones de los combates entre indígenas, y muestran los dibujos la indumentaria militar con detalles escrupulosos. En los Keros o vasos de madera del Cusco es frecuente la reproducción de escenas guerreras, donde la indumentaria militar de los nobles, muestra el casco de madera en forma de chuco.

Semejantes defensorios eran utilísimos y eficaces para prevenir las roturas de cabeza con las piedras lanzadas por los honderos, y menos eficazmente defendía el cráneo de los golpes de la porra.

Las pecheras

Las pecheras de cobre a usanza de adargas las usaban los Incas o capitanes de la nobleza. Eran de plata y oro, y prevenían de los flechazos y de los ataques de los lanceros en el fragor del combate. A veces la pechera consistía en una lámina cuadrada que cubría el pecho. El vientre era defendido por una gruesa faja de lana que lo envolvía formando como un acolchonado. No era raro que la coraza o pechera fuera reemplazada por una gran camiseta de lana, escamada con láminas de plata. Muchas piezas de esta indumentaria militar, encontradas en los sepulcros de la costa, se exhibieron en el Museo Prado y se duda si eran defensorios de guerreros o vestuarios de sacerdotes.

Los escudos

El uso de los escudos de madera forrados en cuero o blindados con planchas de cobre o plata, se había generalizado en el ejército imperial. Los huacos de Nasca y principalmente del Chimú ofrecen una variedad de ejemplares, en donde el artista al reproducir escenas guerreras, ha dibujado con toda precisión los escudos. Tenían la forma de una superficie cuadrangular algo cóncava como los escudos romanos y por detrás mantenían sus abrazaderas para sostenerlos con firmeza con el muslo y con la mano. El Museo Jancke de Lima posee un magnífico ejemplar de escudo usado por los indios yungas hallado en una antigua tumba de Pacnacamac. Es de madera de *guayacán* adornado con relieves, que ostentan animales tolémicos. El escudo, no obstante parece no haber sido arma defensiva utilizada por los soldados, reservándose su uso únicamente para los nobles y jefes.

Petos

El resto de las tropas usaron para defenderse de los dardos y pedradas, los petos embutidos de algodón, con los que se envolvían el tronco. Los petos consistían en una faja de 50 a 60 centímetros de ancho y 80 a 90 de largo rematada en sus cuatro extremidades por cordones que servían para asegurarlo contra el pecho, doblándose por los hombros y sujetándolo a la vez sobre la cintura. Así envuelto el soldado podía aminorar los golpes de *masa* que caían sobre su pecho y espalda, y embolar los dardos disparados, que caían sobre su tronco.

Así pues, el casco de madera, la coraza de planchas de cobre, el escudo de madera blindado, y los petos embutidos de algodón, formaban el equipo defensivo de un militar del imperio, y algunos de estos instrumentos, como los cascos y los petos de lana acolchonados, se hallaban en uso entre los simples soldados.

En el ejército incaico no se conoció ni la vivaqueadora o cantinera (*rabona*), mujer al servicio del soldado en campaña, ni los vivanderos, rebusquillos y ladrones, disfrazados de proveedores, que formaba esa larga cola de los antiguos ejércitos, muy comunes entre los persas y aún entre los romanos del imperio y en los ejércitos medievales. El Estado en el antiguo Perú proveía las necesidades del soldado en campaña; los tambos reales tenían suficiente aprovisionamiento de vestuario, armas y comidas para subvenir las necesidades; y las tierras, abandonadas por el agricultor que se alistaba en el ejército, llamado por la ley, eran cultivadas por la comunidad que reemplazaba ventajosamente al defensor de la patria.

Los anales del imperio no contaron jamás faltas en la disciplina de los ejércitos, ni en la moralidad de jefes y soldados; la traición fué desconocida y la insubordinación no tuvo, en el idioma, palabra que lo expresase.

Extender la religión del Sol por todo el mundo con abnegación, valor y constancia, y obedecer a los superiores que le mandaban a nombre del Inca, símbolo de la patria, fué la divisa del valeroso y sufrido soldado del Imperio.

In hoc signo vinces.

Horacio H. URTEAGA.

